



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

LA CONQUISTA DEL CIELO: DE LOS MING A LOS QING

Autor

Bruno Liso Ezquerro

Director

Jesús Gascón Pérez

Facultad de Filosofía y Letras

2020

ÍNDICE

ÍNDICE	1
INTRODUCCIÓN	2
LEGALISMO, TRADICIÓN Y DISTANCIAMIENTO: DEL CÉNIT MING A SU OCASO	6
1. Introducción: Los inicios de la dinastía bajo el mandato de Hongwu	6
2. El estado Ming	9
3. El ocaso Ming: Cae el gigante asiático	24
4. La derrota de los Ming por los Qing: Un final esperado y un inicio propicio	28
LOS QING: LA FORMACIÓN DE UN IMPERIO ANTES DE SERLO.....	30
1. Introducción: Avances hacia un Imperio multiétnico.....	30
2. Formación y organización previa a la «conquista del Cielo»	31
3. Los primeros Qing: Estabilización de la conquista.....	34
4. Oposición y críticas al sistema Qing.....	39
5. Con el favor del Cielo: Evolución del Imperio tras los primeros años	43
CONCLUSIÓN	50
BIBLIOGRAFÍA	54
ANEXOS
1. Anexo I: Mapas e imágenes	1
2. Anexo II: Tabla cronológica	15
3. Anexo III: Glosario de términos	17

INTRODUCCIÓN Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

*La historia de toda nación es, por supuesto, nacionalista, es decir, tiende a omitir las actividades de los extranjeros dentro del país. Sin embargo, en el caso de China esto no es factible. Sin duda, la historia de China la ha hecho principalmente el pueblo chino, pero los extranjeros, al igual que los conquistadores mongoles y manchúes, también han figurado en ella [...]*¹

La historia de China es larga, compleja y extensa, pues durante siglos el pueblo chino ha configurado su legado no solo en base a sus parámetros internos, sino también interactuando con otros pueblos y naciones extranjeras que, en determinados casos, han dejado una huella imborrable en su historia. Si bien el contacto del pueblo chino y sus habitantes (*han*) con pueblos extranjeros se remonta a tiempos inmemoriales, en la época del Tardoimperio chino (siglos XIII-XX) se aprecian dos casos significativos: el de los mongoles y el de los manchúes. Ambos pueblos tomaron las riendas del Imperio chino, los primeros con la dinastía Yuan (1271-1368) y los segundos bajo la dinastía que compete a nuestro estudio, la Qing (1644-1911) (Santander, 2009, pp. 1-2).

El objetivo de este trabajo es explicar la rápida aceptación de la conquista manchú por parte de China centrándonos, para ello, en el estudio y la comparación de ambas sociedades. Este tema, pese a que en la historiografía china sobre la época tardoimperial goza de gran atención, no corre la misma suerte en las obras occidentales, que suelen abordarlo sin demasiada profundidad. De la extrañeza y curiosidad por este vacío, de su explicación y del intento por entender los procesos, ocultos y aparentes, tras el conflicto Ming-Qing, nace «La conquista del Cielo: De los Ming a los Qing».

Para desarrollar una argumentación sólida y bien cimentada analizaremos, a lo largo de dos grandes bloques, múltiples aspectos referentes a la sociedad y el funcionamiento del estado tardoimperial Ming, la caída de dicha dinastía y el establecimiento del nuevo imperio Qing. Los dos ejes transversales que nos acompañarán a lo largo de la explicación serán la legitimidad de ambas dinastías, otorgada por «El Mandato del Cielo», y la adopción de la cultura china, basada en la tradición confuciana, por parte de

¹Fairbank, 1990, 143, apud Santander, 2009, 27.

los invasores manchúes, quienes, al igual que pasaba siempre que China caía en manos de pueblos extranjeros, se vieron impelidos a adoptarla para poder gobernar el extenso Imperio asiático. La conjunción en el estudio de estos dos ejes nos permitirá dilucidar las causas que llevan al pueblo chino a someterse a la nueva dinastía manchú.

La búsqueda historiográfica² necesaria para defender una postura concreta en un tema tan politizado y amplio como es la sucesión de la dinastía Ming por la Qing supone un verdadero reto. En el apartado referente a los estudios más teóricos sobre el Imperio de la dinastía Ming, sin duda las investigaciones del sinólogo y japonólogo alemán del siglo XX, Tilemann Grimm, son la principal referencia y han actuado de base para la investigación de muchos autores acerca de la dinastía Ming. Por otra parte, cuando es necesario un trabajo con fuentes más cercanas al periodo al que nos referimos, el estudio de las obras oficiales de los historiadores de ambas dinastías, como Wei Xi (1624-1681), resulta la opción más evidente. Puesto que los estudios historiográficos para cada dinastía son amplios y complejos, nos centraremos en las escuelas de pensamiento chinas que abordan el tema principal de nuestra investigación, el conflicto Ming-Qing.

La historiografía para este periodo podría dividirse en la «tradicional china», que englobaría todas las obras desde el siglo XVII hasta el XX, y la «historiografía del siglo XX», que se verá dividida en numerosas corrientes que protagonizarán un intenso debate a lo largo de este siglo.

La historiografía tradicional china del conflicto Ming-Qing ha estado marcada por la obsesión por distinguir el *nei* del *wai*, lo interior de lo exterior, el nosotros y el ellos, lo nuestro y lo suyo.... Esta concepción bilineal viene de la antigua distinción china, que trataremos en su momento más en profundidad, entre lo civilizado (*hua*) y lo bárbaro (*yi*), siendo los bárbaros los pueblos de las fronteras y lo *hua* lo comprendido en el interior de China. El máximo reflejo de esta forma de entender el mundo es la creación de la Muralla China en época Ming. Al hacer esta división, los chinos no son concebidos como una etnia (*huaren*) sino por su nacionalidad (*zhongguoren*), lo cual significa que todo el que se comporte y piense como un chino es aceptado como parte del Imperio.

² Para realizar este estado de la cuestión me he servido tanto de mis lecturas sobre el tema de la investigación como de los artículos Struve, 1998, y Chan, 2000.

La historiografía de este momento tan importante para la historia de China se vio revitalizada por los historiadores del siglo XX que, sin dejar atrás la mayoría de ellos esa concepción bilineal, comenzaron a estudiar el conflicto dividiéndolo en varias fases: el revanchismo manchú durante la conquista, la simpatía de los vasallos de los Ming durante las primeras fases de la formación Qing, la manipulación manchú de la frustración de los chinos durante el final del periodo Ming y, finalmente, la legitimidad reclamada por los Qing tras haber restaurado el orden. Por todas estas fases, que permiten ofrecer al historiador una visión panorámica y completa del conflicto, pasará esta investigación con más o menos énfasis.

El primer momento de atención a este conflicto en el siglo XX vino de la mano de activistas revolucionarios que buscaban derrocar a la dinastía Qing y establecer la revolucionaria en 1911. Todos ellos se vieron interesados, en consecuencia, en la dinastía Ming, pero lo que resulta realmente sorprendente es que no parecen darle mucha relevancia a que ambas dinastías fuesen establecidas por revoluciones campesinas. Otro movimiento que recuperó el interés por este conflicto, y no se despegó de la concepción dual tradicional, fueron los «activistas de purificación de la raza *han*», quienes mantenían la importancia de las diferencias biológicas y culturales en toda China. Para ellos la concepción *nei-wai* estaba clara: los manchúes y occidentales debían ser expulsados, mientras que los chinos *han* deberían poder revigorizar la nación volviendo a sus formas de vida anteriores.

En cuanto a la promoción de la historia del final Ming e inicio Qing, los más conocidos son los participantes de la «Esencia Nacional» (*Guocui*), entre cuyos nombres importantes se encuentran Chen Qubing, Deng Shi, Zhang Binglin o Lui Shipai. El valor de esta corriente de inicios del siglo XX es, para nosotros, puramente bibliográfico: publicaron entre 1905 y 1912 muchas obras que son importante fuente de información del periodo, pero por desgracia, acabaron teniendo aspiraciones políticas que les llevaron a posiciones xenófobas y centrarse, de nuevo, en si los manchúes podían ser considerados chinos o simplemente bárbaros que habían aceptado la cultura china. Su corriente también se caracteriza por estudiar en profundidad la formación del estado manchú, con el ánimo de buscar pruebas que los diferenciase de los chinos *han*.

De esta corriente se despegó en 1920 el historiador Xie Guozhen, quien desarrolló una «nueva historia» con su obra *Nan Ming shilue*, mucho más responsable en el énfasis

del nacionalismo intentando que su historia de China realmente reflejase la experiencia nacional de los chinos.

Por otra parte, nos gustaría resaltar brevemente a los historiadores taiwaneses, en especial al historiador marxista independiente Tao Xishteng, quienes centraron el foco especialmente en el asunto de la legitimidad de las dinastías y las acciones y cualidades personales que legitimaban a los líderes políticos. Este mismo asunto lo trataremos en profundidad a lo largo del trabajo siendo un elemento clave sobre el que se asienta nuestra tesis.

Finalmente, en cuanto a la historiografía desarrollada a partir del establecimiento de la República Popular China, en los años 50-80 se abre un debate acerca del desarrollo de las élites dominantes en Manchuria. Todos los historiadores coinciden en que, en el momento de colapso Ming, los manchúes ya habían desarrollado un tipo de feudalismo, pero tras esta idea hay una divergencia de opiniones entre quienes opinan que los Qing poseían un sistema tribal que se unió a un modelo de feudalismo avanzado, y quienes argumentan que los manchúes llegaron a poseer un estado burocrático imperial muy similar al modelo Ming. A esta última idea es a la que se adscribe mi investigación.

A día de hoy, dos cuestiones siguen abiertas cuando se busca interpretar el conflicto Ming-Qing. La primera es la explicación del apoyo de parte de la población china, ya sean clases altas o bajas, a los invasores manchúes durante la conquista en lugar de a la dinastía preexistente o a los ejércitos campesinos rebeldes que habían tomado parte del territorio. La segunda abre un debate en lo referente a la resistencia o lealtad de los funcionarios hacia la nueva dinastía Qing y sobre cuál es el momento en el que estos letrados dejan de sentir que tienen un compromiso que cumplir con la anterior dinastía. A ambas cuestiones se les intentará dar respuesta a lo largo de este trabajo.

Como conclusión, en cuanto a la historiografía del conflicto Ming-Qing debemos entender que, al ser el principal conflicto político de la China tardoimperial, ha despertado un gran interés entre los historiadores, pero también ha hecho que la mayoría de los estudios sobre el mismo se encuentren claramente influenciados por las exigencias políticas del momento. Con respecto a la perspectiva de futuro para el estudio de este campo, el tema ha sido incluido de manera muy notable en la educación china y parece coherente esperar que el interés por el estudio de este conflicto vaya en aumento durante los próximos años.

LEGALISMO, TRADICIÓN Y DISTANCIAMIENTO: DEL CÉNIT MING A SU OCASO

1. Introducción: Los inicios de la dinastía bajo el mandato de Hongwu

En 1368, Hongwu (1328-1398), que había sido un niño dado en adopción, vagabundo, sectario, general rebelde victorioso y conde, se hará con el poder en toda China, proclamando que había sido elegido por «El Cielo» para liderar al pueblo chino. Será el primer plebeyo, en 1500 años, convertido en emperador.

Durante el segundo cuarto del siglo XIV, una serie de devastadoras hambrunas, consecuencia de reiterados desastres naturales, provocaron el descontento entre el pueblo chino hacia la administración mongola Yuan (1279-1368). Hasta mediados de siglo, el Gobierno había sofocado los levantamientos populares y reprimido cualquier tipo de complot; sin embargo, en 1355 los ejércitos del grupo rebelde «Loto Blanco» tomaron el valle central del Yangtsé y, poco a poco, se expandieron hacia el norte y el oeste. Entre las filas del ejército revolucionario destacó Zhu Yanzhang (1328-1398), quien fue considerado el hombre capaz de expulsar a la ya vista como ilegítima dinastía Yuan y el «elegido del Cielo» para guiar al pueblo chino (Krahe, 2017, p. 11).

Zhu Yanzhang será coronado en la capital china, Nanking, cambiando su nombre por Hongwu, iniciando la dinastía Ming (1368-1644), que significa «brillante» o «la que trae la luz», y dando fin a un periodo de 50 años de guerra civil (La historia de China: Los Ming, 2017).

El emperador Hongwu estuvo muy influido por tradiciones taoístas y confucianas, pero la autocracia y el despotismo fueron las principales características de su gobierno. El carácter absolutista del emperador se reflejó en la administración de su Imperio, que se reorganizó siguiendo el modelo institucional de las «Dinastías Antiguas» y volviendo a basar la economía en la agricultura, y no en el comercio como habían hecho los Yuan (Krahe, 2017, p. 12).

La situación económica de China, tras la prolongada guerra civil, era muy dura, pero la potente maquinaria productora china rápidamente solventará la situación. Para

llevar a cabo la reconstrucción del territorio, el primer objetivo del emperador fueron las obras de irrigación, el cultivo de miles de hectáreas y la reforestación. Esto se tradujo en una política de gestión de tierras que fomentaba la colonización de zonas baldías mediante ventajas económicas para los colonos, algo muy parecido a las cartas de población en los reinos castellano y aragonés durante la Edad Media. Debemos sumar, además, la gran cantidad de movimientos forzosos de población que no solo incluyó grupos de campesinos, sino que se cuentan hasta 45.000 familias ricas e influyentes del sur, desplazadas a los alrededores de la capital Nanking por intereses estratégicos del emperador y también grupos de militares en desplazamiento forzoso, pero esta vez al norte (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 238-249).

Pese a que Hongwu también creó algunos campos comunitarios y colonias para dar trabajo a vagabundos y pobres, resulta realmente llamativo, teniendo en cuenta el pasado revolucionario del emperador, la desigual redistribución de tierras, que generó importantes latifundistas en las áreas más periféricas del imperio (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 238-249).

El emperador también apostará por una política fiscal triple basada en el papel moneda, en el cobre y en la plata para aumentar los beneficios de su sistema de impuestos. No bastó solo con este cambio. El emperador sabía que necesitaba una población activa, especializada y bien distribuida por todo el territorio y, por ello, después de reconstruir todas las instalaciones agrícolas, el Gobierno estableció una división de la población entre campesinos (*min*), militares (*zhu*) y artesanos (*qiang*) con carácter hereditario y, finalmente, creó los «Registros Amarillos», que posibilitaron una mejor recaudación de impuestos (Krahe, 2017, pp. 12-14).

Hongwu era consciente de la constante evasión de impuestos y del amplio abanico de abusos perpetrados por integrantes de cualquier sector social durante la anterior dinastía³. Para solventar la situación, Hongwu desarrollará la que puede ser considerada su obra magna, en la que se refleja su legalismo férreo y su absolutismo atroz: el Gran Código Ming⁴. Aplicado a la reforma económica, se traduce en «severas penas para quien se hiciese pasar por miembro de otro grupo profesional para rehuir los servicios obligatorios de su propio grupo» (Franke & Trauzettel, 1973, p. 241), pero este código

³ Se nos ofrece una explicación detallada sobre la corrupción y los abusos realizados en materia económica durante el reinado Ming, así como sus consecuencias en Ni & Pham, 2006.

⁴ Encontramos una amplia definición de este código de leyes en Langlois, 1994.

no solo se aplica en el plano fiscal, sino que encontraremos numerosos castigos aplicables a la población china, destacando de entre ellos la conocida «Pena de muerte en 8 grados» que suponía la ejecución del condenado y de sus familiares hasta el octavo grado. Esta compilación de leyes ha pasado a la historia, pues, por su severidad punitiva y su búsqueda de que la legalidad sea respetada por la fuerza (Langlois, 1993, pp. 1-10).

Durante los primeros años de la dinastía Ming también se solucionará el problema de las minorías raciales, forzando a todas ellas a aceptar la cultura china y prohibiendo la endogamia dentro de estos grupos. En poco tiempo, tanto estas minorías como todos los extranjeros, habrán asimilado la cultura china. Otra de las características del gobierno de Hongwu fue la desconfianza hacia los intelectuales y letrados-burócratas, que le llevó a centrar de forma paulatina en él todo el poder administrativo hasta hacer directamente dependientes de su persona a los Seis Consejos (Krahe, 2017, pp. 13-17).

Así, en treinta años, Hongwu habrá conseguido ser aceptado prácticamente por la totalidad de los integrantes del Imperio más poblado del mundo y habrá asentado las bases de un Imperio y una dinastía que durará trescientos años.

A partir de ahora, nos dedicaremos a desgranar el aparato imperial Ming tardío, que, si bien sufrirá algún cambio desde el reinado de Hongwu, seguirá estando impregnado por el legalismo y el inmovilismo característico de los Ming.

2. *El estado Ming*

Pese a que el epicentro de nuestro trabajo se sitúa en el cambio de dinastía Ming-Qing, es absolutamente crucial una detallada explicación del Imperio Ming, sus características y su funcionamiento, para entender el porqué del desarrollo de los acontecimientos en este cambio de dinastía. El principal cometido de este punto es establecer una base de conocimiento sobre la que trabajar y desde la que extraer y proponer comparaciones con sus sucesores Qing, pues el hecho de que mantengan ciertas estructuras y tradiciones, o cambien otras, es decisivo a la hora de legitimar y aceptar a la dinastía Qing por parte de la población china.

Autocracia y despotismo

Los orígenes campesinos de Hongwu explican su desconfianza hacia las clases letradas y su voluntad de concentrar todo el poder en sus manos. No solo habrá suprimido el Gran Secretariado imperial (*Zhongshusheng*) y colocado bajo su mano a los Seis Ministerios, también creará una Dirección General de los Cinco Ejércitos (*Wujundudufu*) que dependerá directamente de él, para asegurarse el control absoluto del aparato militar (Gernet, 1999, p. 353).

Por estas acciones el Imperio Ming presenta, desde un principio, marcadas tendencias absolutistas que se irán reafirmando en los siglos XV y XVI. Esto contrasta con el sistema Song y Yuan anterior que se basaba en «la coexistencia de organismos políticos independientes que se controlaban mutuamente y de fuentes diversas de información»; por el contrario, el gobierno Ming se caracterizó por un afán centralizador de todos los poderes en manos del emperador, por gobernar mediante consejos restringidos y secretos, o por desarrollar grupos policiales secretos que controlasen a los funcionarios (Gernet, 1999, p. 354).

Hongwu restableció la prosperidad china y le restituyó su prestigio y potencia, pero también, en sus actuaciones y método, está el germen de lo que hará caer su dinastía tres siglos después. El clima de recelo y desconfianza en su propio aparato administrativo, que se inició durante su reinado, no se disparará jamás y, poco a poco, irá agravando el malestar entre sus funcionarios.

Asimismo, no debemos olvidar que el legalismo e inmovilismo que se asentó con el Gran Código Ming tuvo una fuerte contrapartida: las instituciones y normas, establecidas desde el principio de la dinastía, seguirán siendo punto de referencia inamovible a pesar de todas las transformaciones de la economía y la sociedad, impidiendo a los Ming evolucionar junto con su Imperio. Finalmente, cuando unas leyes y un sistema se perpetúan tanto en el tiempo, se aprenden maneras de burlarlo y esto dará pie a que familias ricas e influyentes acumulasen más poder y agravasen la opresión sobre sus súbditos (Gernet, 1999, p. 355). Frente a estos abusos, las clases desfavorecidas deberían acudir al emperador buscando protección, pero su aislamiento inhabilitaba esta opción, lo que derivará en el desapego de las clases populares hacia los emperadores, factor clave, este último, para la caída de los Ming (La historia de China: Los Ming, 2017). Los Qing, conscientes de esto y sin dejar atrás este modelo autocrático, buscarán acercarse al pueblo chino con visitas a zonas rurales y audiencias con súbditos, y harán una gestión maquiavélica de la crueldad, aplicándola de modo que lograron ser amados y temidos al mismo tiempo.

Gobierno y burocracia imperial

En China, el emperador Ming estaba al mando de un aparato burocrático muy bien delimitado en trece provincias (*sheng*) y dos regiones metropolitanas (*BeiZhili* y *NanZhili*). Al frente de todas ellas se encontraban burócratas provinciales que se ocupaban de supervisar las prefecturas (*fu*), subprefecturas (*zhou*) y distritos o condados (*xian*) (Mote, 2003, pp. 750-751). Además, existían jurisdicciones militares en el norte: áreas especiales de defensa (*zhen*) y zonas fronterizas (*bien*) (véase *Anexo I: Ilustración 1*). Este tipo de organización ascendente de menor a mayor, con el emperador a la cabeza como máximo responsable, se conoce como «jerarquía tipo nido» (Dardess, 2011, p. 69).

Al ocupar el emperador una posición central, tanto en un sentido simbólico-ritual como político-administrativo, quienes le rodeaban, la Corte, cobra gran importancia. Alrededor del «Hijo del Cielo», en la Ciudad Prohibida, se agrupaba la familia imperial formada por la emperatriz, las consortes y concubinas, los hijos, eunucos y los criados, la guardia personal, conocida como «Guardia de uniforme de brocado» y un numeroso personal de servicio ampliado con el tiempo. Excepto el heredero al trono, el resto de

los hijos del emperador eran trasladados a distintas zonas del Imperio hasta cumplir los 18, razón por la cual la familia real no residía en la Corte. Cabe apuntar que la alta nobleza no pertenecía a la Corte, pero solía ser invitada a ciertos eventos (Krahe, 2017, p. 25).

La Corte exterior (*waiting*) estaba formada por funcionarios-letrados civiles de alto rango y por oficiales militares que se relacionaban con el emperador a través de audiencias y celebraciones formales o informales. Los miembros de la Academia Donglin (o *Hanling*), «docta institución creada en época Shong y que se convirtió en el instrumento auxiliar más importante del emperador» (Franke & Trauzettel, 1973, p. 244), también disfrutaban de un acceso privilegiado a la Corte⁵, igual que los miembros de embajadas extranjeras representados por jefes tribales, como los jürchen del noreste de China, líderes de grupos aborígenes del suroeste como los Yi o incluso reyes de Corea, shogunes japoneses, prelados tibetanos o emperadores vietnamitas (Krahe, 2017, pp. 26-27). El acceso de todos ellos a la Ciudad Prohibida era una estrategia de reafirmación del emperador como «Hijo del Cielo» y de refuerzo del estatus de los Ming en Asia, pero también un factor clave del sistema tributario chino (Murillo, 2019, pp. 34-42).

Ya en épocas Tang y Sung se buscó que todos los hilos de la administración confluyesen en la figura del emperador, y la carga de trabajo resultante hizo que fuese necesaria la creación de un nuevo órgano de gobierno, un gabinete privado llamado *Nei-ko*. Este estaba compuesto por tres o seis grandes secretarios, pero a partir de 1425 el número de integrantes de esta institución ascendió a 30 y continuó hasta alcanzar los 200 en época Qing (Franke & Trauzettel, 1973, p. 244).

Los miembros del *Nei-ko* eran solo consejeros, sin poder de decisión, pero su enorme cercanía al monarca les hizo ocupar una posición clave. En la práctica, al *Nei-ko* competía la redacción de las órdenes imperiales, la educación del príncipe heredero y la supervisión de los exámenes de estado superiores, por lo que podía decidir y manejar asuntos de primera clase dentro del Imperio. Los grandes secretarios presidían además los sacrificios rendidos a los antepasados del emperador y todas las reuniones cuyo ceremonial de Estado fuera sometido a una nueva reglamentación (Grimm, 1954, pp.

⁵ Más información sobre las relaciones entre la academia Donglin (o Hanling) y el aparato administrativo que explica el trato preferente en la corte imperial y su influencia en la misma se puede encontrar en Hucker, 1958, pp. 27-31.

152-155). Por ello, los requisitos que debían alcanzar los miembros del *Nei-ko* eran de los más altos del sistema de oposiciones y requerían unos altísimos niveles de preparación intelectual, lo que fomentaba que, frecuentemente, muchos integrantes del *Nei-ko* proviniesen de la Academia Donglin. (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 244-245).

A pesar de su influencia, el *Nei-ko* tuvo que enfrentarse a unos potentes competidores: los eunucos. En teoría, los eunucos eran guardianes y ayudantes de las concubinas imperiales (el término *eunuco* proviene del griego *euno* [cama] y *ekho* [guardián]), y su procedencia variaba desde personas de origen humilde que se automutilaban con la esperanza de ascender socialmente, hasta condenados a la pena de castración que se incorporaban después al servicio de palacio (Krahe, 2017, p. 26). Pero, en realidad, eran mucho más que eso⁶.

Bajo el mandato de Hongwu se les había prohibido la injerencia en política y eran forzados a ser analfabetos. Esto cambió durante el reinado del emperador Xuande (1425-1435), quien hizo establecer, en 1426, una escuela especial para los eunucos de la que salió el gran eunuco Wang Chen (1449), quien obtuvo la facultad de decidir sobre todas las proposiciones del *Nei-ko* (Grimm, 1954, pp. 152-155). A partir de entonces, el antagonismo entre literatos-funcionarios y eunucos volvió a impregnar toda la política de la Corte; en este enfrentamiento, los eunucos gozaron de una mayor intimidad con los emperadores, así como del ejercicio de funciones de control. En su carácter de inspectores, a través de la Censoría, podían poner en tela de juicio el valimiento de cualquier funcionario real, lo que les hizo adquirir una enorme influencia incluso sobre el ejército. Estas disputas, tensiones y desconfianzas dentro de la Corte, serán uno de los gérmenes fundamentales para la caída de los Ming e intentarán ser rápidamente erradicadas por los Qing (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 244-248).

«Una de las singularidades de China es haber desarrollado, antes que Occidente, una concepción abstracta del estado, una administración racional y una clara distinción entre lo público y privado, así como la especialización de las funciones» (Gernet, 1999, p. 40). Esto se ve reflejado en la división del órgano ejecutivo en seis ministerios o consejos, aunque ninguno de ellos controlaba totalmente su ámbito de influencia. Cada uno de estos ministerios estaba dirigido por un ministro (*shangshu*) y viceministro

⁶ Para hacernos una idea del rol teórico que tendrían los eunucos en palacio y el número de los mismos que podríamos encontrarnos en la Corte imperial a lo largo de la dinastía Ming acudir a Hucker, 1958, pp. 10-11.

(*shilang*), y su trabajo además estaba subdividido en cuatro o trece organismos dependiendo de sus funciones (Krahe, 2017, p. 27).

El Ministerio de Personal o de Nombramientos Civiles se ocupaba de todos los nombramientos, promociones, degradaciones, jubilaciones y honores de los funcionarios, y a su vez se dividía en cuatro organismos diferentes. El Ministerio de Rentas era el responsable de los censos de población, tierras cultivadas y cuentas generadas y se subdividía en trece jurisdicciones provinciales. En él se incluía también el Departamento de la Moneda y Abastecimiento, que gestionaba los almacenes y graneros de cereal, y las aduanas que recaudaban impuestos a las embarcaciones privadas del Gran Canal. El Ministerio de los Ritos, dividido en cuatro organismos, se encargaba de las ceremonias de Estado, regulación del clero, rituales, sacrificios y recepción de visitantes y preceptos (Hucker, 1958, pp. 32-35). También llegó a controlar los exámenes de acceso al funcionariado hasta que esta función le fue arrebatada por la Censoría (Krahe, 2017, p. 28).

En cuanto al Ministerio de Guerra era el responsable de la administración general del ejército, pero no de las campañas militares. Constaba de cuatro organismos con funciones de nombramiento de los oficiales, inspección de las operaciones y equipamiento y suministro militar (Hucker, 1958, p. 35). El Ministerio de Justicia se ocupaba de los procesos judiciales y penales, y como ocurrió en el de Rentas, se creó un organismo para cada una de las trece provincias. Este sistema legal se basaba en los principios morales y en la práctica social estipulada por Confucio; queda claro cuando vemos que el código de leyes de 1740 de la dinastía Qing estaba fundamentado en el de la Ming de 1397, que a su vez se sustentaba en el código de la dinastía Tang de 737 (Krahe, 2017, p. 28). Por último, el Ministerio de Obras, dividido en cuatro organismos, se ocupaba de la planificación y construcción de infraestructuras estatales, el reclutamiento forzoso de mano de obra para el servicio del Estado, la fabricación de equipamiento para el gobierno, las comunicaciones por tierra y mar, y la normalización de pesos y medidas (Hucker, 1958, p. 36).

El último órgano central fue la Censoría (*ch' a-yüan*), institución independiente encargada de investigar los posibles casos de corrupción o injusticia, tanto a nivel central como provincial. Inicialmente sin importancia, la nueva lucha entre el *Nei-ko* y los eunucos realzó su influencia (Krahe, 2017, p. 29). La dirigían dos censores principales (*tu yü-shih*), a quienes ayudaban dos lugartenientes y cuatro asistentes. La

actividad de control propiamente dicha era realizada por 110 funcionarios investigadores (*chien-ch'ayü-shib*), cuya acción se extendía a todos los órganos de gobierno del Imperio (Hucker, 1958, pp. 49-52). Evidentemente la primera línea de inspección se encargaba de los niveles inferiores, pero tenían también derecho a criticar las decisiones de los niveles más elevados e incluso del propio emperador, aunque esto no dejaba de entrañar ciertos riesgos. En conclusión, la Censoría, durante la dinastía Ming, no solo fue un órgano anticorrupción usado como arma en las disputas de palacio, también tuvo una no menos importante función de custodia de la tradición confuciana (Franke & Trauzettel, 1973, p. 245).

El acceso a los puestos dentro de este complejo organismo institucional era mediante el «Sistema de exámenes para la oposición al funcionariado», establecido en la época Tang y asentado como un componente irrenunciable de las instituciones estatales. Para la élite intelectual, estos exámenes reunían «de un modo solo igualado por el culto estatal mismo, la ética confuciana y los procederes políticos por ella marcados y encaminados al ideal de la unidad indisoluble de la civilización y su acción eficaz sobre la sociedad» (Franke & Trauzettel, 1973, p. 246). Los Ming restauraron y ampliaron el sistema, pero será siempre mantenido y respetado por su dinastía y por la siguiente.

En lo que a las escuelas y educación se refiere, cabe aclarar que no son escuelas como las entendemos actualmente: los conocimientos elementales se aprendían por maestros privados o en instituciones muy poco comunes. La escuela fue la institución en la que se llevaba a cabo la preselección de los pretendientes a cargos públicos y en estas recibían la preparación para ocuparlos. Cuando ingresaban en estas escuelas, ya habían superado el examen de acceso y colocaba ya a los alumnos en un estatus social muy potente. De allí viene también el desprestigio de los maestros, pues ellos no eran graduados y eran vistos por los alumnos como repetidores o fracasados, no como pedagogos (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 246-247). El gran filósofo Wang Yang-ming (1472-1529) refleja esta estigmatización de los maestros en esta frase: «Los maestros de los niños de hoy, ¡cómo les enseñan solo a memorizar las frases y escribir las lecciones bajo su dictado!»⁷.

⁷ Versión según: Grimm, 1960, p. 85, apud Franke & Trauzettel, 1973, p. 247

Destacamos una modificación del sistema durante los Ming. Al cambiarse la capital de Nanking a Pekín en 1421, Yongle intentó crear nuevas zonas para que los educandos preparasen sus exámenes y estas sí que se parecen más a nuestras escuelas. En cuanto a las materias de estudio, se otorgó más importancia al comentario de los clásicos, pero la memorización continuó siendo un requisito clave para poder hacerlo (Franke & Trauzettel, 1973, p. 247).

Finalmente, se debe agregar que existían también academias privadas (*shu-yüan*) que preparaban para los exámenes a los funcionarios; estas tienen una gran importancia para nosotros pues fueron «las portadoras de las ideas nuevas que marcaron la China de los últimos mil años»⁸, fueron las únicas que tenían algo de margen de maniobra con respecto a las pautas y contenidos marcados por el poder central. Veremos que las ideas transmitidas por los intelectuales de estas instituciones, se manifestarán en el inconformismo de los literatos en los finales de la dinastía Ming (Chan, 2000, p. 5).

Demografía y sociedad

China ha sido y es el país más poblado de la Tierra. Durante el reinado Ming, la población china continuaba con el lento crecimiento al que ya estaban acostumbrados desde hacía algunos siglos. Sabemos que en 1395 el imperio Ming contaba con unos 65 millones de habitantes, y 150 años más tarde tenemos un censo demográfico de alrededor de 60 millones. Esta aparente contradicción, que indicaría estancamiento o disminución demográfica, Gernet la justifica por la inexactitud y manipulación de los datos de los grandes propietarios, quienes encubrirían el verdadero número de arrendatarios para evitar el pago de tributos. Como comentaremos más adelante, y de acuerdo con la antigua tradición china, el censo demográfico y la confección de los registros tributarios iban de la mano (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 240-241).

En contraposición a los datos que Gernet nos ofrece, otros autores como Mote calculan que hacia finales de la dinastía Ming, mediados del siglo XVII, el número total de habitantes ascendía a los 260 millones, alcanzando los 300 en la década de 1790. Argumenta esta elevada cifra porque, hasta finales del periodo Ming, el territorio no

⁸ Versión según Grimm, 1960, p. 108, apud Franke & Trauzettel, 1973, p. 247

sufrió epidemias que afectasen al conjunto del Estado, sino solo a áreas concretas, por lo que las migraciones evitaron una alta mortalidad (Mote, 2003, pp. 744-745).

En cuanto a la sociedad Ming, era relativamente abierta y se dividía entre aquellos letrados que gozaban de un estatus oficial y ejercían funciones administrativas (*guan*), y el resto de población (*min*), de forma que existían ricos y pobres en ambas categorías (Krahe, 2017, p. 39). La mayoría de la población pertenecía al segundo grupo, pero Mote argumenta que «aunque la sociedad china era una sociedad jerárquica, sin embargo, los logros individuales se promovían, honraban y recompensaban», existiendo la movilidad social (Mote, 2003, p. 754)

La principal unidad de organización social era la familia, entendida según el concepto confuciano: cada familia se componía de abuelos, padres e hijos y comprendía como promedio a un grupo de 4,2 integrantes. (Franke & Trauzettel, 1973, p. 241) Era, además, «en este microcosmos en el que se inspiraba el macrocosmos del Estado, donde todo estaba regularizado a través de derechos y deberes, normas y protocolos» (Krahe, 2017, p. 39). El primogénito era el jefe de la familia y la sucesión era patrilineal, mientras que la mujer desarrollaba su labor en el hogar y estaba excluida de las oposiciones al funcionariado porque «se las consideraba incapaces de comprender la naturaleza de los libros confucianos» (Wetzel, 2007, p. 214). Esto cambió durante el breve reinado de la emperatriz Wu Zetian de la dinastía Tang, que permitió a las mujeres acceder a cargos oficiales pero, más allá de esta anécdota, la estructura familiar permaneció inalterable a lo largo de la historia de la China Imperial (Krahe, 2017, p. 39).

La estructura social general durante la época Ming responde al siguiente esquema: en la cúspide de la sociedad, por debajo del emperador, nos encontramos a la élite privilegiada de funcionarios, divididos en tres niveles dependiendo del tipo de examen superado y de las funciones que desempeñaban. Los niveles eran: local (*shengyuan*), provincial (*ju ren*) y nacional (*jinshi*). Con los dos primeros niveles se alcanzaba la condición de letrado y los privilegios asociados al rango, pero el último, celebrado en Pekín, garantizaba un puesto en la administración del Estado en la capital o en las provincias y el máximo estatus social al que se podía aspirar (Krahe, 2017, pp. 40-45).

Este grupo social cultivado tendrá siempre un papel crucial y será clave tanto para el mantenimiento del sistema Ming, también durante la caída del mismo, como para la

aceptación y establecimiento del nuevo estado Qing. Formarán un grupo influyente y peligroso como enemigo: podemos deducir que las políticas que les granjearon enemistades con el emperador, como la censura literaria y científica, fueron una de las causas principales de la deslegitimación de los Ming o que el uso del poder de este grupo en favor de sus sucesores, los Qing, fue clave en la legitimación de la nueva dinastía. La élite de funcionarios imperiales era el corazón del Imperio y lo que hacía tan diferente a China de cualquier otro imperio del mundo (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 232-300).

Los campesinos ocupaban el primer lugar en la jerarquía de las clases productivas establecida por Confucio, pues el cultivo de la tierra era determinante para la prosperidad del país. Solían vivir aislados en pequeños municipios de entre 10-50 familias y, como señala Loewe, «en ocasiones las comunidades rurales estaban constituidas por miembros de un solo linaje en los que la solidaridad aseguraba el éxito de la producción agrícola» (Loewe, 1969, p. 172).

En segundo lugar, nos encontramos a los artesanos (*gong*), con mayor prestigio cuanto más lujosos eran los bienes que producían. Finalmente están los comerciantes (*shang*) que, tras dejar de ser fomentada su actividad, fueron considerados peligrosos para el estado por los Ming y se vieron relegados a una situación marginal (Krahe, 2017, pp. 48-52).

A diferencia de Europa, los militares en la sociedad Ming no gozaron de un estatus social elevado, aun siendo fundamentales para defender el Imperio de amenazas exteriores. Habitualmente se dedicaban a actividades agrícolas y su nombramiento o ascenso estaba dirigido por el Ministerio de Guerra de Pekín. Dentro de la oficialidad existían dos rangos: los «Oficiales hereditarios» (*shih-kuan*), militares de bajo rango cuya posición había sido transmitida por sus padres, y los «Oficiales circulantes» (*liu-kuan*) que, tras las oposiciones para acceder al funcionariado militar, habían ascendido en la cadena de mando (Hucker, 1958, pp. 19-20). El aprecio hacia los militares cambiará radicalmente con la dinastía Qing, que asegurará su bienestar y les hará concesiones ventajosas como estrategia para la estabilización territorial.

La economía de los Ming: monedas, impuestos y comercio

Como mencionamos anteriormente, en el Imperio chino la demografía, el estatus social y el sistema de impuestos estaban ligados.

Los dos sistemas de recaudación, monetaria y de mano de obra, están basados en los «Registros Amarillos» que estableció Hongwu al inicio de la dinastía. Para la recaudación monetaria se recuperará el conocido «sistema de vecinos», que dividía a la población en grupos de 10 familias (*chia*) que se estructuraban, a su vez, en grupos más amplios de 110 familias (*li*). Las 10 familias más ricas de este grupo actuaban como «administradores comunales» encargados de la recaudación de impuestos de manera rotativa durante 10 años, teniendo este cargo una familia cada año hasta completar los 10 (Franke & Trauzettel, 1973, p. 242). Este sistema será mal visto por las clases populares y se suprimirá en el mandato Qing.

Sobre los trabajos serviles o servicios regulares, cada familia propietaria debía proveer al estado de una persona con capacidad de trabajar por cada cierta cantidad de tierra que poseyesen, aunque quedaban exentas las familias que no podían enviar a nadie, efectuando un pago en contraprestación. También podían evitar este servicio ciertos funcionarios y estudiantes, lo que generó oposición, pues las familias adineradas educaban a sus hijos con este propósito y mucha gente lo entendía como un medio de explotación del pueblo. Las tareas que realizaban eran trabajos en el Ministerio de Obras como fabricar armas, recoger leña o carbón... (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 42-43).

Diferentes eran los llamados servicios mixtos, que trataban de aliviar la carga de la administración pública en ciertos lugares, enviando población a actuar de policías, carceleros o aguaciles. Curiosamente, en estos servicios se contemplaba la cancelación de los mismos mediante pagos para las familias más pobres, mientras que los ricos no podían evadirse; esto, sumado a la baja cantidad de dinero requerido para su exención, hizo que los servicios mixtos gozasen de cierta popularidad entre el pueblo (Franke & Trauzettel, 1973, p. 243).

Este sistema de impuestos se vio afectado durante el reinado del emperador Jianjing (1522-1566) con la reforma conocida como *yitaobian* o «látigo único», que trató de unificar todos los impuestos para evitar irregularidades. Se establecieron oficinas

recaudadoras por todo el territorio, que se ocuparan de cobrar los impuestos de golpe, una vez al año y en plata. El resultado fue la paulatina monetización de la economía, que derivó en la implantación de un sistema monetario de base triple (monedas de plata, bronce y papel). El problema fue que, al emitir papel moneda sin ninguna materia prima que lo respaldara, su precio cayó en picado (Krahe, 2017, pp. 41-42). Para solucionarlo, los chinos acuñaron más monedas de plata, convirtiendo este metal precioso en la principal moneda de cambio para las transacciones económicas y el pago de impuestos (Alarcón, 2020).

Lo llamativo de esta situación es que la plata, ahora tan popular en China, era entonces escasa en el territorio y el Imperio Ming debió buscarse proveedores. Así fue como en el siglo XVI, con la llegada del Galeón de Manila, la plata española, y su real de a 8, se convirtieron en la moneda corriente y oficial en el Imperio chino, produciendo una paulatina desaparición del papel moneda. El tamaño de las transacciones comerciales entre Felipe II y el emperador ming Tianqi fue de una media de doscientas toneladas anuales de plata española (Martínez & Mola, 2008, p. 159).

En China se produjo un repentino exceso de demanda de plata, atesoramiento y especulación, que provocó una situación única, y rocambolesca, en la historia económica: con la plata española se podía comprar oro en China, cuyo valor en Europa era notablemente mayor. Finalmente, esta política resultó inviable porque los Ming no podían comprar moneda a precios tan elevados y esperar usarla después en transacciones económicas con el resto de potencias. Todo terminó con el estallido de la burbuja china justo cuando las élites del país habían acumulado enormes cantidades de plata: la súbita pérdida del valor del metal atesorado condujo a la recesión, disturbios y revueltas (Alarcón, 2020). Este episodio evidenció que la política monetaria no había podido mantener el ritmo del desarrollo económico general y fue el resultado del rechazo frontal de los confucianos hacia cualquier especialización técnica (Moloughney, 1986, pp. 51-60).

La consiguiente caída catastrófica de precios que produjo el fracaso del sistema monetario afectó, sobre todo, una vez más, a los campesinos chinos que vieron como la pequeña propiedad se extinguía progresivamente debido al precio ridículo al que se vendían ahora sus productos. También este será un factor importante para la deslegitimación del Mandato del Cielo de los Ming (Franke & Trauzettel, 1973, p. 253).

Pero por desordenada y caótica que fuese la economía monetaria, hubo, sin embargo, un sector que obtuvo ganancias cuantiosas: los comerciantes (Franke & Trauzettel, 1973, p. 254). La razón fue que el comercio interior chino era más cuantioso y dinámico que el de toda Europa junta gracias a uno de los mayores aciertos de los Ming durante su mandato: el desarrollo de los transportes y de las comunicaciones (Krahe, 2017, p. 49).

Con una inmensa red viaria y fluvial coronada por el Gran Canal o Canal Imperial, la obra hidráulica más importante de la época moderna, China comunicaba el norte con el sur mediante los ríos Amarillo y Yangtsé, y sus afluentes. Esta red no solo servía para transportar grandes cantidades de mercancías y pasajeros, sino que permitía la comunicación por todo el Imperio mediante las «casas de postas» y el «servicio postal», que no solo transportaba comunicados oficiales, sino que ofrecía alojamiento y asistencia a los funcionarios, embajadas y visitantes que se desplazaban por el territorio (Krahe, 2017, pp. 49-55).

La potencia del mercado interior chino por facilidad de transporte, sumada a la diferenciación regional existente dentro de la producción global del Imperio, fue lo que aprovecharon los mercaderes chinos para comenzar con el llamado «ascenso de los mercaderes» (La historia de China: Los Ming, 2017). La práctica, desarrollada hasta entonces por el Estado, de realizar el transporte de los aprovisionamientos mediante oficinas, fue reemplazada por el llamado comercio de sal por el que los comerciantes llevaban ahora, a las zonas fronterizas principalmente, los cereales necesarios y recibían a cambio vales por cantidades de sal.⁹ Así algunos comerciantes se convirtieron en abastecedores del ejército y sus riquezas se multiplicaron hasta cifras fabulosas (Franke & Trauzettel, 1973, p. 254). Además, este aumento de riqueza supuso que, en algunas ciudades, el estilo de vida de la élite social rozase la excentricidad y se les viese desde el pueblo como una élite corrupta y alejada de los valores confucianos, con lo que comenzó un fuerte desapego hacia ellos que trataremos más adelante al entrar, más en profundidad, en la caída del imperio Ming (La historia de China: Los Ming, 2017).

En cuanto al comercio exterior, con menor incidencia en nuestro objeto de estudio, podemos apuntar que el comercio terrestre podía desenvolverse sin trabas, pero el gobierno prohibía el comercio privado de ultramar. El fundamento inicial de tal criterio

⁹ Franke & Trauzettel, 1973, p. 254, apud Sun & Francis, 1956, pp. 299-308

era de índole militar, pues China era consciente de su inferioridad naval frente a otros estados como el japonés y decidió cerrar sus fronteras marítimas. La consecuencia fue que los mercaderes extranjeros obtuviesen ventaja y que emergiese, con fuerza, el mercado negro. Finalmente, la política de prohibiciones fue abandonada en 1567, y en poco tiempo surgieron nuevos puertos y mercados (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 255-256).

Por otra parte, el sistema tributario Ming supone un elemento muy relevante para la investigación, pues su desaparición, que había constituido las bases de la política exterior china desde la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.) hasta la llegada de los Qing en 1644, es un factor clave, no tanto para la aceptación interior de la nueva dinastía, como para las relaciones entre el nuevo Imperio y las potencias vecinas (Fairbank, 1942, p. 135).

El sistema tributario fue un medio diplomático y económico que tiene su función originaria en las premisas del confucianismo sobre el correcto cumplimiento y funcionamiento de ritos y obligaciones correspondientes según la posición jerárquica de cada cual. Esta jerarquía, desde el cosmos confuciano, justificaba la necesidad de que las demás naciones, al menos las próximas, enviaran tributos a China como muestra de sumisión y aceptación (Fairbank, 1942, pp. 131-135). Preciso es anotar que, bajo esta «ilusión» de aceptación de la moral confuciana, subyacen otras causas por las que los estados vecinos a China le enviaban tributos, por ejemplo, gozar de protección militar, de apoyo diplomático o de ventajas comerciales.

Las embajadas tributarias las enviaban las naciones que China consideraba dentro de su influencia y, cada una de ellas, representaba a un monarca o soberano que se sometía a la voluntad del Cielo. Ciertamente, el sistema consiguió los tres objetivos para los cuales estaba diseñado: defender el Imperio de intromisiones externas, fomentar la sinización de los estados tributarios expandiendo los valores confucianos y lograr el reconocimiento por parte de las demás naciones de la centralidad cosmológica china (Murillo, 2019, pp. 57-58).

Resulta curioso que la evolución del sistema tributario, su funcionalidad y su eficiencia son directamente paralelas a la evolución del imperio Ming. Podemos encontrar una gran fortaleza en el primer periodo; un estancamiento y progresiva erosión durante los años centrales del mandato, que podrían delimitarse desde 1435, con

la muerte del emperador Xuande, hasta 1567 tras el ascenso de Longqing; y un tercer periodo, hasta 1644, que supondría su colapso final junto con toda la administración Ming (Alarcón, 2020, pp. 60-61). A medida que el país se empobreció y una vez deslegitimada, sin el favor del Cielo, y sin nada que ofrecer ni maneras de influir sobre los estados tributarios, la existencia de ambos había dejado de tener sentido (Apango, et al., 2015, p. 467).

Política exterior: Ajenos al Mandato del Cielo

Más que el éxito de los Ming en algunas de sus empresas alejadas del territorio chino, como el contacto con los europeos tras la apertura del comercio o las fructíferas expediciones marítimas del comandante Chenghe, que brindaron a los chinos un conocimiento más amplio del territorio circundante con un mapeado preciso y nuevos tipos de plantas y animales que estudiar (La historia de China: Los Ming, 2017), interesan a nuestro estudio los grupos extranjeros que fomentaron la desestabilización del Imperio. El más importante es el manchú, que trataremos más adelante, pero parece conveniente nombrar aquí algunos otros.

En primer lugar, son importantes el conjunto de ofensivas mongolas que sufrieron los Ming. Su avance, producido desde 1540 hasta 1570, fue un asunto realmente grave y nos revela los procesos de unificación en las tribus de la estepa asiática. Se trata de un nuevo Imperio de nómadas que amenazará con reconstruirse y consolidarse, y contra el que también deberán luchar los manchúes durante todo el siglo XVII y mitad del XVIII. Las ofensivas de mediados del XVI que nos conciernen ahora, están dirigidas por el jefe mongol Altan Khan (1507-1582), cuyo abuelo había logrado reunir bajo su mandato a las tribus de los tártaros y dominar toda Mongolia (Gernet, 1999, p. 375).

Con el mandato de Jiajing (1522-1566), Altan multiplica sus incursiones en el Shanxi y en la región de Pekín. En 1550, en solo un mes, conseguirá hacer prisioneros a 200.000 chinos, capturar un millón de cabezas de ganado y, finalmente, asediar Pekín durante tres días, tras lo que obtuvo tratos comerciales muy favorables. Tras esta humillación, los Ming aceptarán un tratado de paz con Altan y, a partir de 1573, «se establece un modus vivendi entre mongoles y chinos». Pero nuevos peligros aparecerán pronto en el noroeste: primero los japoneses, que invadirán el estado tributario de Corea

a finales del siglo XVI; y, a principios del siglo XVII, un nuevo poder en las regiones del norte de Pekín, los jürchen, que pronto tomarán el nombre de manchúes (Gernet, 1999, pp. 375-376).

El periodo más crítico en que los Ming tendrán que hacer frente a los japoneses y a los constantes ataques de sus piratas, los *wokou*, se sitúa en los años 1553-1555, inmediatamente después de los ataques mongoles capitaneados por Altan Khan. Es necesario apuntar que la piratería no es una novedad en la época y que era práctica común en las poblaciones marítimas de Asia Oriental. Así, quizás, no debe tomarse en el sentido estricto el término «piratas japoneses» pues los piratas o *wokou* se caracterizaban por ser un grupo muy heterogéneo que iba desde *rônins* (caballeros mercenarios) dependientes de los daimios japoneses hasta antiguos comerciantes y marineros chinos (Gernet, 1999, p. 377).

Según Jaques Gernet, la causa principal de la expansión de la piratería son las políticas comerciales restrictivas y sin continuidad de los Ming, que llevaron a China al aislamiento, en un contexto de plena expansión del tráfico marítimo en Asia Oriental. Los vecinos de los Ming vieron estos controles y medidas como desfasadas e ineficaces tanto económicamente, cuando el comercio marítimo es más intenso que nunca, como estratégicamente al no responder a los intereses de defensa costera que se buscaban. Otro factor que parece haber contribuido a la piratería, realmente interesante, es el empeoramiento de la situación de las clases más desfavorecidas, que vieron en el contrabando y la piratería un negocio atractivo. Finalmente, las consecuencias de este auge de la piratería no solo se mostrarán en las importantes destrucciones materiales ocasionadas, sino también en un cambio en la mentalidad china, un refuerzo de la vieja tendencia del control de los extranjeros y una mayor restricción del comercio (Gernet, 1999, pp. 378-380).

3. El ocaso Ming: Cae el gigante asiático

Finalmente concluiremos la explicación del estado Ming con las causas de su caída. En este apartado veremos como todos los mecanismos de gobierno comentados anteriormente comienzan a fallar contribuyendo a la conquista manchú y caída de los Ming. También intentaré mostrar la situación y la disposición en la que se encuentran los principales grupos sociales tras esta crisis final, con el ánimo de esclarecer por qué se acepta la caída y se crea un ambiente propicio para el establecimiento de la siguiente dinastía.

Crisis económica: Suzhou en contraste con la miseria

Los últimos cincuenta años de la dinastía Ming se muestran llenos de vitalidad y contradicciones. La rápida evolución económica que supuso el negocio de la sal, comentado en el apartado de economía, se manifiesta en dos cambios sociales: por un lado, la formación de un proletariado y de una pequeña burguesía urbana y, por otro, la transformación de la vida rural, en la que han hecho mella las influencias de la ciudad, con la ascensión de una clase de grandes mercaderes y hombres de negocios (Gernet, 1999, p. 384).

Con el crecimiento del mercado surgirá en las grandes ciudades, Suzhou es la más icónica, una sociedad más urbana, con nuevas clases adineradas, dedicadas a actividades de ocio y lujo como la compra de objetos de coleccionista, ropas de seda de altísimos precios o el gusto por adquirir grandes propiedades de tierra para construir jardines privados personales a los que dedicarse en la vejez (La historia de China: Los Ming, 2017).

La riqueza en estas ciudades, que inspiró el proverbio: «El cielo, allá arriba, cuenta con sus propios paraísos; el mundo, aquí abajo, tiene Suzhou»¹⁰ (Krahe, 2017, p. 52), choca con la realidad del resto del país a finales del XVI. Con serias dificultades para financiarse, el gobierno de los Ming tomó medidas que, en su mayoría, no hicieron sino agravar el malestar social. Para compensar el déficit producido por el abandono de

¹⁰ Véase a través de este enlace una representación de la Suzhou de la época: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/70/Prosperous_Suzhou.jpg. (10/9/2020)

tierras tras la urbanización de la sociedad, el gobierno reforzará las tasas comerciales, creará impuestos de aduana sobre el Yangsté y el Gran Canal, y hará más opresivos todavía los impuestos sobre el campesinado. La subida de tasas comerciales provocará una crisis en las empresas artesanales, que se verán obligadas a cerrar, destruyendo con ello aún más puestos de trabajo (Gernet, 1999, p. 386).

Entre 1596 y 1626, ocurren casi anualmente rebeliones urbanas en regiones como Hangzhou, Pekín y la ya citada Suzhou, que, hasta entonces, eran las más activas. El aumento de las diferencias sociales y el descontento social desembocará en las grandes insurrecciones de los años 1627-1644, que propiciarán la caída de la dinastía Ming (Gernet, 1999, p. 386).

Crisis política: Donglin contra los eunucos

A la crisis económica, se sumará la crisis política y el país experimenta graves conflictos internos que atañen, como apuntamos anteriormente, a la organización y jerarquización de las instituciones chinas. Entre los años 1615-1627, la mayoría de los altos funcionarios e intelectuales, leales a los Ming, plantan cara al poder oculto de los eunucos de la Corte, basado en maquinaciones palaciegas que se aprovechaban de la peliaguda situación en la que se encontraba la administración imperial (Gernet, 1999, p. 387). El grupo de funcionarios son hombres de orígenes muy diversos, formados en torno a la nombrada academia Donglin y en la que habían arraigado, desde inicios de siglo, las ideas antiabsolutistas. Los adeptos de Donglin serán quienes planteen definitivamente el debate de la legitimidad, uno de los elementos angulares de nuestro trabajo, planteado desde el comienzo, que desarrollaremos más adelante, al hablar de la estabilización de la conquista Manchú (Chan, 2000, p. 27).

En definitiva, la crisis de los años 1615-1627 tuvo profundas repercusiones políticas, morales e intelectuales que llevaron «a poner en tela de juicio un régimen absolutista que estaba en contradicción con la tradición letrada y creó finalmente una confusión moral que preludiaba aquella, todavía más profunda, que provocaría la invasión manchú» (Gernet, 1999, p. 387).

Ataques desde afuera y desde dentro: Las grandes insurrecciones populares y el avance manchú

A la crisis política y al dramático déficit del Tesoro a los que tuvo que enfrentarse el emperador Chongzhen inmediatamente después de subir al trono en 1627, hay que añadir la amenaza de los jürchen en Mongolia y en el Liaoning y las insurrecciones populares cuya extensión provocaría la caída de la dinastía (Moloughney, 1986, pp. 149-151).

Desde los años 1627-1628, una serie de malas cosechas provocará el malestar entre los campesinos de Shaanxi y entre las tropas del norte de la provincia. Hacia 1636, las provincias del centro, norte y noroeste habían escapado al control de Pekín y dos jefes rebeldes luchaban contra los ejércitos imperiales y contra ellos mismos en una triple guerra civil. Estos dos líderes serán el pastor de ovejas Li Zicheng, quien ocupará y administrará el norte de China, y el exsoldado Zhang Xianzhong, que dominará el valle del Yangtsé y del Sichuan (Moloughney, 1986, pp. 154-156).

A Li Zicheng, que mantenía sus tropas bajo una estricta disciplina, no tardaron en adherírsele apoyos en el campo y en la ciudad, e incluso, poco a poco, algún funcionario. Con un ejército de un millón de soldados, el pastor entró en Pekín en 1643, lo que provocó el suicidio del último emperador Ming, Chongzhen. El único que hubiera podido cambiar el devenir de los acontecimientos era el general del frente septentrional Wu Sangui, pero ante la conquista de la capital, terminó aliándose con los manchúes y ayudándoles a retomar Pekín. Li Zicheng morirá en su huida hacia el sur tras perder la capital en 1645. Por otra parte, Zhang Xianzhong ocupó el Jiangxi, el Hunan, el norte del Guangdong y el Guanxi, pero, tras la toma del control del país por los manchúes, será ajusticiado en 1647 (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 262-265).

Estas dos rebeliones, aunque ambas busquen el derrocamiento del poder establecido, son muy distintas. Por una parte, Li Zicheng, apoyado en pequeños propietarios (grupo social numeroso en el norte de China) y en letrados sin fortuna, ocupará y administrará el territorio. Por el contrario, Zhang Xianzhong se moverá en regiones de grandes latifundios y encontrará apoyo en las capas más bajas de la sociedad. Además, su dinámica de gobierno estará basada en el odio y la represión contra grandes propietarios, notables y funcionarios imperiales lo que provocará que,

cuando lleguen las tropas manchúes, estos sectores influyentes reprimidos les apoyarán incondicionalmente, creando incluso milicias contrarrevolucionarias que sumar al ejército Qing (Gernet, 1999, pp. 388-390).

Así, teniendo en cuenta la situación del Imperio Ming en vísperas de la invasión manchú, parece lógico comprender su rápida penetración en China y la sencilla asunción del poder imperial por la nueva dinastía. Todo les era favorable: la situación anárquica general, la desastrosa situación económica, el pánico del gobierno, propiciado por las intrigas internas y culminado con el suicidio del emperador, la debilidad de los ejércitos mal aprovisionados y, finalmente, las divisiones internas de los chinos y la complicidad que encontraron los invasores en ciertos estratos sociales (Gernet, 1999, p. 290). De esto último trataremos más adelante, pues es, posiblemente, el factor determinante para el establecimiento de la legitimidad de la nueva dinastía extranjera tras trescientos años de gobierno Ming.

Añadimos además que, desde el punto de vista estratégico, la conquista manchú fue una maniobra impecable. El sistema de defensa del Imperio de los Ming en el noreste estaba formado por las tres provincias de Hebei, Liaoning y el Shadong, a lo que se sumaba la alianza con Corea, que debía contribuir a la seguridad de este territorio. Pero este sistema de defensa era frágil, y presentaba una debilidad importante puesto que las llanuras de Manchuria no constituían ninguna barrera defensiva natural. Para paliar la ausencia de escollos naturales, los Ming habían construido una línea de defensa a 300 kilómetros del norte de Pekín. Estas «Murallas de las fronteras con hileras de sauces» (*Liutiahianqiang*) estaban formadas por fosos, terraplenes y plantaciones de sauces destinados a parar a la caballería jürchen. La pronta caída de estas defensas, y la ocupación de la cuenca del río Lio con la ayuda del general Wu Sangui, dejaron a Pekín en manos de los invasores (Véase *Anexo I: Ilustración 4*) (Gernet, 1999, pp. 389-390).

4. La derrota de los Ming por los Qing: Un final esperado y un inicio propicio

Hasta aquí hemos intentado describir cómo gobernó la dinastía Ming y cuáles fueron los cambios que la llevaron a un punto de no retorno, en el que se encontró arruinada y con gran parte de sus súbditos prefiriendo las alternativas de gobierno que ofrecían un campesino, un soldado raso o unos extranjeros. Somos conscientes, además, de que la causa de la caída de los Ming no es solo de carácter administrativo, económico o social, asunto que ha ocupado el foco principal de la investigación, sino que también aspectos artísticos y religiosos, entre otros, debieron tener importancia.

Dicho esto, los cambios producidos a partir del siglo XVI son lo suficientemente claros y abundantes como para situar, en este momento, el principio de un nuevo periodo que los historiadores de China en el siglo XX acostumbran a calificar como «moderno», en oposición a la China «tradicional» de los periodos anteriores (Gernet, 1999, pp. 409-410). El final de la China «tradicional» coincide, pues, con el fin de la dinastía Ming, la que contó con los emperadores más refinados de la historia, que crearon, en buena medida, la imagen de China que tenemos hoy y organizaron un Imperio que, en principio, daba prioridad a las necesidades de la mayoría ante los deseos individuales. Cuando la sobriedad, el legalismo y la búsqueda del bien común, que Hongwu quiso que caracterizasen a su dinastía, desaparecieron en favor del distanciamiento, el lujo de las élites, las luchas de poder y la oposición frontal al cambio, la población China decidió que la dinastía que nació de un huérfano había perdido «el favor del Cielo» y, por tanto, su legitimidad.

Rescatamos, como colofón, el testimonio dejado por el exaristócrata y escritor huido Zhang Dai, convertido en monje budista tras la caída de la dinastía Ming, que refleja la idea final de abandono de las bases originales de la dinastía:

Cuando pienso en las cosas que hice en el pasado las pongo por escrito para pedir perdón. En la vida todo se debe pagar: los andrajos que visto ahora son el pago por las pieles y sedas que tuve antaño, la paja sobre la que duermo es el pago por aquellas camas, el humo que irrita mis ojos y el estiércol que huele mi nariz es el pago por las voluptuosas fragancias del pasado y el saco que llevo al hombro es el pago a todos los que me llevaron sobre sus hombros. Por cada clase de pecado, hay una clase de castigo. Tenía casi 50 años aquel año de 1645, mi país estaba

hecho pedazos y lo había perdido todo, volviendo la vista atrás era como si mi vida bajo los Ming hubiera sido un sueño (La historia de China: Los Ming, 2017).

LOS QING: LA FORMACIÓN DE UN IMPERIO ANTES DE SERLO

1. Introducción: Avances hacia un Imperio multiétnico

En el estado multiétnico de los Qing, la unidad del Imperio, que dobló su tamaño durante el siglo XVII, se basaba en las convicciones confucianas de los valores morales, la disposición multiculturalista hacia las costumbres locales y los órdenes sociopolíticos en las regiones no *han*, factores que contribuyeron a que las élites locales fuesen leales al poder central (Hung, 2016).

El objetivo de este segundo bloque es explicar cómo se llegó a este punto, partiendo de lo expuesto sobre el Imperio que precedió a los Qing. Para explicar clara y sólidamente la aceptación manchú por parte de China y la creación de su característico estado multiétnico, la argumentación se dividirá en tres apartados: la creación previa de un ambiente propicio en el seno de Manchuria para que sus líderes fuesen aceptados como emperadores, la estabilización del territorio al tomar el trono y, finalmente, el desarrollo de los años posteriores, que prueban la exitosa aceptación de la nueva dinastía.

Nuestra exposición anterior ha puesto en claro que el Imperio Ming se había desplomado por sus propios problemas internos y que los manchúes fueron simplemente «los ejecutores de su ocaso». Aun así, la descomposición interna de la dinastía Ming no es suficiente para explicar el ascenso de los manchúes, y en absoluto su conquista de China. Por esta razón, para poder esclarecer esta cuestión tenemos que remontarnos nuevamente en la historia, hasta los tiempos de Nurhaci (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 269-270).

2. Formación y organización previa a la «conquista del Cielo»

La influencia de los agricultores chinos asentados en Manchuria desde el siglo X hizo que algunas tribus tungus se hiciesen sedentarias y formasen el Imperio de los Jin (1115-1234) en los territorios del noreste y norte de China. Sus descendientes serán las tribus jürchen, que actuarán como aliados de los Ming desde 1589 colaborando con ellos en guerras como la defensa de Corea contra Japón en 1592. Estas tribus acabarán uniéndose formando Manchuria, Chien-chou fue el corazón de este proceso y el jefe tribal Nurhaci (1559-1626)¹¹ su líder (Franke & Trauzettel, 1973, p. 270).

La ascensión de Nurhaci comienza con la sedentarización de las tribus tungus en la región del Jehol (Rehe), al norte de Pekín, unas tierras que los Ming habían convertido en guarniciones militares (*wei*). Las tribus jürchen de Manchuria debían su poder a la riqueza obtenida del comercio de materiales de lujo, como perlas, y a su organización militar (Gernet, 1999, p. 415). Además, la rivalidad existente entre las diversas tribus mongolas vecinas de los manchúes favoreció a Nurhaci, pues consiguió ampliar su influencia cuando los mongoles del este le juraron lealtad a cambio de protección contra otras tribus (Lattimore, 1951, p. 129).

Nurhaci se rodeó de consejeros chinos, numerosos en su zona de Manchuria, y creó una organización feudal y guerrera cuya base eran un conjunto de propiedades gobernadas por los jefes de la aristocracia jürchen y unidades militares formadas siguiendo el modelo de guarniciones chinas, a las que llamó banderas (*qi*) (Gernet, 1999, p. 415).

El sistema de banderas es clave para la formación del carácter multiétnico del imperio manchú. Es un modelo que estructura el ejército en compañías (*niru*) reunidas en cuatro grupos llamados banderas, cada una de un color (amarilla, blanca, roja y azul), que en 1615 aumentará a ocho, pero mantendrán los mismos colores, aunque las cuatro nuevas tendrán distinto bordado. Cada bandera constaba de cinco divisiones (*jalan*) con cinco compañías (*niru*) cada una. Debemos aclarar que, aunque sea un modelo de estructuración del ejército, a ellas pertenecían no solo soldados, sino también familiares,

¹¹ Nurhaci es un personaje que ha suscitado muchas investigaciones y debates de entre los que destacan los trabajos de la historiografía coreana; artículo ilustrativo de la dimensión de los mismos en el que se debate sobre la correcta escritura de su nombre: Grimm, 2005.

lo que hacía que toda la sociedad manchú estuviese sujeta a este sistema. Las banderas no solo realizaban tareas militares; durante la paz sus integrantes atendían actividades productivas y, durante la guerra, una parte asistía al frente mientras otra aseguraba el aprovisionamiento de la retaguardia (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 270-271).¹²

El número de banderas fue creciendo, pero lo singular es que distintos grupos étnicos se fueron uniendo al sistema y en 1643, un año antes de la conquista de China, los manchúes contaban con ocho banderas auxiliares formadas por mongoles y otras ocho cuyos integrantes eran de etnia china *han*. Es importante porque los integrantes chinos de las banderas se convirtieron en intermediarios entre el pueblo chino y sus señores manchús, acabando por ocupar, salvando las distancias, un papel similar a los eunucos en la Corte Ming (Spence, 1988, p. 17). Tras la conquista de China, a las banderas se les adjudicará una posición jurídica y económica privilegiada, solo a finales del siglo XVIII se pondrá fin a este trato de favor (Franke & Trauzettel, 1973, p. 272).

Los jürchen, unificados por Nurhaci bajo la dinastía de los Jin Posteriores (*Hou Jin*), adoptarán una actitud hostil hacia China tras la primera década del siglo XVII. En 1618, estabilizadas sus fronteras con los mongoles, dirigirán sus ataques hacia el norte de China y, en tres años, tomarán Shenyang y Liaoyang. Nurhaci morirá en 1626 mientras residía en su nueva capital establecida en Shenyang, renombrada como Mukden. Le sucederá Hung Taiji (1627-1644), que desplegará una gran actividad militar y ocupará toda Manchuria (Gernet, 1999, pp. 415-416).

El papel de Hung Taiji es clave para nuestra idea de la asimilación de la conquista manchú por parte de los chinos: su política se centrará en la imitación de las instituciones chinas, tratadas con anterioridad. Hung Taiji se proveerá de un *neiko* propio formado por magistrados chinos, implantará seis ministerios similares a los de los Ming y dará forma a un aparato de poder dividido bajo su influencia, tal y como lo mandaba la tradición china. Sus consejeros y generales también serán chinos, su armamento y parte de su ejército serán chinos, incluso comenzará a introducir elementos de la cultura china en su territorio (Franke & Trauzettel, 1973, p. 272). En 1635 Hung Taiji cambia el nombre de jürchen por el de manchúes y al año siguiente el título dinástico de Jin por el de Qing.

¹² El número de integrantes de las banderas siempre fue un secreto de estado; si queremos hacernos una idea aproximada de sus dimensiones el siguiente estudio nos ofrece una visión muy acertada: Elliott, et al., 2016.

Los diversos aspectos de la evolución manchú, que hemos puesto de relieve, hacen comprensible la instauración y asimilación de la nueva dinastía en China, pues los chinos se encontraban ante un «extranjero» muy curioso, que siempre habían visto a través de una concepción binaria como un bárbaro¹³ frente su Imperio civilizado (Haboush, 2005, p. 124), pero que ahora se presentaba con un aparato administrativo y una estructura social semejante a la suya.

Como conclusión, en palabras de Gernet: «En vísperas de la toma de Pekín en 1644, los manchúes se han asegurado la fuerza militar, la cohesión política, la organización administrativa y las bases estratégicas que les permitirían tomar el poder en China y someter este inmenso imperio a su dominación. Para ello han necesitado menos de medio siglo».¹⁴

¹³ Podemos encontrar una explicación más desarrollada del concepto de «bárbaro» por parte de la población *han* en Haboush, 2005, pp. 115-117.

¹⁴ Es necesario aclarar que la cita de Gernet hace referencia desde el inicio de la actitud hostil manchú hacia China a inicios del XVII y hasta la conquista de Pekín en 1644, pero nosotros nos hemos remontado mucho más atrás en el tiempo para poder mostrar cuándo toman forma esas estructuras de gobierno tan similares a las chinas, que luego les permiten establecer su propia dinastía en territorio extranjero.

3. Los primeros Qing: Estabilización de la conquista

Dado que en el curso de la historia muchos han actuado siguiendo creencias que otros muchos no creían, debemos admitir forzosamente que, para cada uno, en diferente grado, la historia ha sido en gran parte el «Teatro de una Ilusión» (Eco & Weaver, 1988, p. 4).

Planteada la situación propicia en la que la nueva dinastía Qing entró en China, debemos centrarnos ahora en sus primeros años como «emperadores del Cielo», pues de no encontrar a tiempo un rumbo correcto para sus políticas, podrían haber sufrido pronto una suerte similar a sus predecesores.

Cuando los jürchen fundaron la dinastía Qing, legitimaron su estado identificándolo con otros grupos extranjeros que ya habían establecido dinastías importantes en China siglos atrás, como los Lia o los Yuan. Evidentemente, este intento de legitimación no fue compartido por los propios chinos *han* que consideraban a los Qing como una dinastía extranjera que había tomado el poder por la fuerza. En la tarea de cambiar esta concepción jugaron un papel principal los letrados e historiadores chinos. Con su ayuda, los líderes manchúes comenzaron a desarrollar una historia del pasado chino que legitimaba su mandato. También fueron claves sus actos propagandísticos que propiciaron que el cambio de dinastía no se viese como abrupto y rupturista con el pasado, sino como un armonioso giro hacia la prosperidad. Ejemplos propagandísticos serán la entrada el 7 de junio 1644 del regente Qing Dorgon en Pekín con el carruaje que solían utilizar los Ming o los esfuerzos por conquistar y pacificar rápidamente la llanura central del Imperio, lugar donde apareció la cultura china más antigua (*Xia*) y donde se estableció el primer estado chino (*Shang*) (Haboush, 2005, pp. 73-77).

Error inicial por parte de los Qing fue que, al comienzo, la dominación manchú se intentó establecer por la fuerza. En 1645, un año después de la conquista de Pekín, Dorgon (1612-1650), que gobernó hasta 1650 como regente de su sobrino, el futuro emperador Shunzhi (reinado 1644-1661), promulgó varias medidas destinadas a la represión y exclusión china (Krahe, 2017, p. 87). Los manchúes se instalan en China como una raza de señores destinada a reinar sobre una población de esclavos, tal como

habían hecho los mongoles. A partir de 1668 implantarán varias medidas destinadas a la segregación social: se veta la entrada de los *han* en Manchuria, con la idea de mantener una tierra «limpia» de la influencia extranjera, prohíben los matrimonios mixtos y grandes ciudades como Pekín se dividen en áreas chinas y manchúes. Desde el principio de su conquista, los manchúes expropián tierras a los campesinos chinos a favor de los integrantes de las banderas y construyen infraestructuras de las que excluyen a los chinos, también someterán a chinos como esclavos y los tratarán duramente llegando a poder decretar su muerte. Aun así, la medida más característica de todas es la imposición de adoptar el peinado típico manchú (la famosa coleta) bajo pena de muerte (Gernet, 1999, p. 417).

Los efectos de este sistema que crea una atmósfera de terror y favorece la corrupción no tardan en revelarse desastrosos. Los manchúes se darán cuenta de que un sistema fiscal moderado y uniforme era más rentable que la explotación directa, y que los hombres libres trabajaban mejor que los esclavos, por eso renunciarán poco a poco a sus esclavos y los campesinos libres recuperarán algunas de sus tierras, hasta el punto de que en 1685 se prohíbe a las banderas confiscar nuevas tierras. Jaques Gernet opina que todo este sufrimiento se le impuso en vano al campesino chino y argumenta que «el error de los manchúes se explica por su voluntad de aplicar en China prácticas y concepciones que se justificaban solo en el contexto de las sociedades de la estepa». El cambio político fue bastante radical y, gracias a los Qing, China conoció en el siglo XVIII el régimen fiscal agrario más permisivo de toda su historia. Este abrupto cambio supuso una adhesión casi total de la población a sus nuevos dirigentes (Gernet, 1999, p. 418).

Durante estos primeros 50 años de mandato, los Qing habían logrado encontrar el rumbo correcto para sus políticas y se habían ganado al grueso del campesinado, pero ¿qué sucedía con la influyente élite letrada que había sido fiel a la dinastía Ming?

De inicio, la mayoría de los intelectuales se niegan a colaborar con los Qing, pero poco a poco entienden que los nuevos amos adoptan sin grandes cambios las instituciones autocráticas y centralizadas que mantenían al difunto Imperio. La reapertura de los exámenes de acceso oficiales en 1656 como única vía para acceder al poder contribuyó al retorno a las normas y generó una nueva élite de funcionarios jóvenes entregados al nuevo régimen. Esto hizo realidad los deseos más queridos de los déspotas ilustrados y acercó a las clases dirigentes de la época Ming al nuevo Imperio,

poniendo fin a las luchas de poder que se daban en la antigua dinastía entre el poder central, los agentes del gobierno y los eunucos, que perdieron toda su influencia. Así, se establecerá una buena relación entre las élites chinas y el poder imperial, que disipará el antagonismo entre chinos y manchúes y supondrá un pilar fundamental para la aceptación de los Qing (Gernet, 1999, pp. 423-424).

Estas acertadas reformas parecen un argumento de peso suficiente para que la nueva dinastía se estableciese sin problemas, pero aún falta la guinda del pastel, encarnada por la figura del primer emperador Qing, Shunzhi. Él fue, en muchos aspectos, continuador de las políticas de su tío Dorgon, pero lo característico del joven emperador fue su ferviente defensa de la cultura china. Shunzhi se aficionó rápidamente a la lengua, la caligrafía, el teatro y la novela chinos, volvió a poner en funcionamiento algunos departamentos de palacio gestionados por eunucos, a quienes devolvió algo de influencia, pero los mantuvo completamente controlados, e incluso ordenó la recuperación de la historia de los Ming. Tras la prematura muerte de Shunzhi a los 22 años a causa de la viruela, el poder fue asumido por cuatro regentes, de los que Oboi fue el más influyente. Este abolió algunas de las políticas de Shunzhi, dio preferencia a letrados manchúes en los puestos más altos de la administración y endureció las políticas de recaudación de impuestos. Por suerte, el futuro emperador Kangxi retomará la línea de Shunzhi y el clima de tolerancia se mantendrá (Krahe, 2017, pp. 87-90).

Todo contribuyó a calmar la amargura de los patriotas chinos más intransigentes: la relativa suavización de los comportamientos políticos, la adopción por los emperadores y la aristocracia manchú de la administración y la cultura china, y la expansión territorial y prosperidad general de los años siguientes (Gernet, 1999, p. 424).

Aunque hemos remarcado varias veces que las estructuras de gobierno Ming se mantuvieron prácticamente intactas tras el cambio de dinastía, les daremos un breve repaso para resaltar los pequeños cambios que se introducen en el sistema y debatir su relevancia.

Quizás uno de los mayores cambios que observamos se encuentra en el *Nei-ko*, que fue desplazado como institución principal por el nuevo Consejo de Estado (*chiün-chi ch'u*)¹⁵. Al Consejo de Estado le fueron transferidas las funciones del *Nei-ko*: los

¹⁵ A. K. L. Ho indaga en la historia, organización y función del Consejo de Estado en Kuo-liang Ho, 1952.

consejeros, cuyo número solía rondar los 10 y se encontraban en igualdad paritaria entre las etnias manchú y china. Celebraban audiencias con el emperador para aconsejarle sobre toda clase de cuestiones, especialmente para la designación de funcionarios de ambas etnias, proponiendo una lista de la que el emperador elegía a placer. La creación de este nuevo órgano de gobierno data de 1729 y obedece al deseo del emperador Yongzheng de mantener ciertos secretos, principalmente militares. La Censoría, por otra parte, se mantuvo intacta, también los 6 ministerios, con la novedad de que se añadió un séptimo ministerio para gestionar las conquistas exteriores, una especie de «Ministerio de Colonias»¹⁶, regido siempre por un general de las banderas (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 288-289).

Sobre la administración territorial, al margen de las medidas de exclusión implantadas en los inicios de la dinastía, el regente Dorgon dividió en dos las tres mayores provincias de los Ming para facilitar su gobernación, quedando el territorio formado por 18 provincias (*sheng*). A la cabeza de estas encontramos un gobernador civil (*hsün-fu*) y uno militar (*tsung-tu*), que venía de las banderas chinas (Franke & Trauzettel, 1973, p. 289). Bajo las órdenes de cada gobernador, colocó dos funcionarios con competencias económicas y jurídicas, acompañados por varios censores que los supervisasen. Debajo de ellos en el escalafón administrativo encontramos a los «prefectos» que controlaban las grandes ciudades y tenían a su cargo a los funcionarios locales encargados de la administración cotidiana y la recaudación de impuestos (Spence, 2011, p. 91).

En el sistema de exámenes para el funcionariado, se mantuvo una estructura y temario similar al de la anterior dinastía, pero con algunas reformas que claramente beneficiaban a los manchúes y las banderas sobre los chinos. Los chinos comenzaban su carrera como funcionarios superando el examen de su distrito y obteniendo la promoción académica de más bajo nivel, y los mejores de ellos eran seleccionados mediante una serie de exámenes especiales que los convertirían en licenciados superiores (*Kung-sheng*) y les reportaban una beca para presentarse al examen de la capital. Si lo superaban alcanzaban el grado máximo del funcionariado (*chin-shib*). Hasta aquí el sistema es similar al Ming, pero los Qing introdujeron una variante: los funcionarios provenientes de las banderas no tenían por qué tener el grado de máximo

¹⁶ Su nombre real es «Superintendencia para Mongolia» pero actúa a modo de ministerio y su poder no se reduce solo a Mongolia, también tendrá jurisdicción en el Tíbet y la jerarquía lamaísta.

funcionario y reservaron plazas para ellos con el ánimo de evitar que todos los altos funcionarios fuesen chinos. A pesar de esta medida claramente pro manchú, el grueso de los funcionarios imperiales provenía del sureste de China, al igual que con los Ming, mientras solo un pequeño grupo provenía de las banderas manchúes (Franke & Trauzettel, 1973, p. 290).

Para concluir abordaremos el tema de las políticas de recaudación de impuestos, claro ejemplo de cómo la economía se convirtió en un arma política utilizada para apaciguar al pueblo chino. Durante la década de 1650, los manchúes abolieron gran parte de los diferentes impuestos que habían ido implantando los Ming en el periodo de crisis económica, y además eximieron del pago de impuestos a las poblaciones que habían sido devastadas por la guerra de la década anterior. Incluso, a partir de 1680, tras el éxito en varias de sus campañas militares, redujeron aún más los impuestos a la población del Imperio. Además, en 1727, el emperador Yongzheng establecerá un sistema de unificación de los impuestos personales y territoriales similar al de látigo único de los Ming, del que la mayoría de los campesinos quedaron exentos al tener propiedades de tierra muy pequeñas (Feuerwerker & Elman, 2020).

La renovación política de Yongzheng fue beneficiosa y muy fructífera gracias a la flexibilización de los tributos que podían pagarse tanto en especie como en plata. Se fomentó en gran medida la creación y venta de manufacturas por parte de los campesinos, dinamizando el mercado interior chino. Yongzheng también se enfrentó a la corrupción de los funcionarios, encargados de recoger los tributos, aumentando su salario, pero fracasó y solo consiguió que se enriqueciesen aún más. Aun con todo, la política económica de los primeros Qing, y en especial de Yongzheng, llevó al país a un bienestar económico desconocido en el pasado, y todo ello rodeado, hábilmente, de una enorme aura de legalismo económico que hizo que la burocracia no protestase de la gran tolerancia de los monarcas en esta materia (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 291-293).

4. Oposición y críticas al sistema Qing

Por lo visto hasta ahora, los manchúes entraron en China con una situación muy favorable para instaurar un nuevo gobierno y aprovechándose de la anarquía general; aun así, y pese al correcto rumbo que tomaron sus políticas de gobierno, la nueva dinastía no tardará en encontrar oposición de todo tipo que retrasará la instauración definitiva de su poder. De estas resistencias físicas e intelectuales, desde fuera y desde dentro del territorio imperial, y de su superación por parte de los Qing para finalmente brindar a China una expansión sin precedentes, trata este apartado.

La conquista manchú de China supuso un cambio en la percepción del mundo y de sí mismos que tenían los intelectuales, no solo chinos sino también coreanos y de otras áreas de influencia Ming. Este cambio intelectual nos permite unir dos conceptos ya mencionados: el concepto de «legitimidad» y el de «bárbaros». China era considerada el centro del mundo «civilizado» frente a los «bárbaros»; su base era el reconocimiento de la cultura y política china de los Ming como principal heredera de la civilización confuciana. Cuando los «bárbaros» manchúes conquistan China, la legitimidad que daba ser considerados herederos de la tradición confuciana se pierde y, así, gran parte de las élites intelectuales se opondrán en principio a la nueva dinastía, hasta que esta consiga recuperar su posición como centro del mundo civilizado (Haboush, 2005, p. 115).

En su estudio de la lealtad en los periodos Ming y Qing, Ian McMorran ha clasificado la lealtad china en dos categorías: «Lealtad absoluta» y «Lealtad racional». La primera se basa en la supremacía absoluta del emperador, considerando que él es quien tiene los mejores medios para gobernar; por otra parte, la «racional» es la que opina que la lealtad hacia el gobernante está condicionada a que este se rija por los principios de gobierno correcto. La idea de lealtad absoluta mantuvo su predominio en los chinos durante las épocas Ming y Qing, a pesar de las críticas que recibieron los Ming tardíos. En contraste con esta idea, tradicionalmente defendida por la historiografía china, la psicóloga e historiadora Hillary J. Beattie encuentra que la colaboración era mucho más prominente que la resistencia durante la invasión manchú (Chan, 2000, pp. 27-28).

Una vez instaurados los Qing en el poder, los pocos intelectuales todavía leales a los Ming, conocidos como *yimin*, se negaron a comprometerse con el nuevo gobierno y se hicieron ermitaños. Aun así, tras ver el desarrollo sociocultural del Imperio y ser testigos de la conciliación intelectual manchú-han, muchos aceptaron la legitimidad del mandato Qing y se unieron a ellos. Independientemente de si los funcionarios Ming colaboraron con la nueva dinastía desde el primer momento o un tiempo más tarde, esto iba contra las enseñanzas neoconfucianas, que decían que las relaciones monarca-funcionario debían basarse en una lealtad incuestionada. Para explicar esta «traición» deliberada a los ideales confucianos, un prominente historiador de la época llamado Wan Sitong (1638-1702) comenta que es entendible que, frente al avance manchú, la ideología ortodoxa neoconfuciana fuese perdiendo fuerza frente a intereses personales de los funcionarios para intentar sobrevivir, buscar oportunidades de ascender en su carrera profesional o simplemente obtener protección para sus familias durante la conquista (Chan, 2000, pp. 28-32).

Al margen de los verdaderos motivos para dejar la resistencia y unirse a los manchúes, el de «seguir la voluntad del Cielo» y «trabajar para el interés de la gente» fueron los argumentos más utilizados entre los funcionarios *han* para justificar su compromiso con la nueva dinastía. De todas formas, no todo fue tan simple como argumentar la colaboración por propio interés, encontramos numerosos ejemplos personales como el de Qiu Junsun, un magistrado que, cansado de las violentas guerras y los desastres naturales de los últimos años de la dinastía Ming, se unió a los invasores para evitar otra masacre en su territorio. Además, desde una perspectiva cultural, algunos creyentes del confucianismo parecían completamente convencidos de que, apoyando a los Qing, podrían «educar a los bárbaros» para que desarrollasen un mayor aprecio por los valores confucianos y adoptasen las formas de gobierno chinas. Como sabemos, esto no hubiera sido necesario pues los manchúes ya tenían unas formas de gobierno similares a las chinas y, en los años posteriores a la conquista, lo demostrarán (Chan, 2000, pp. 32-34).

Para concluir con la no demasiado numerosa ni problemática resistencia de los funcionarios chinos, hablaremos de los intelectuales chinos *han* que llegaron a su mayoría de edad ya bajo el imperio Qing. Su situación era diferente a la de sus predecesores, para ellos los manchúes fueron gobernantes legítimos antes que invasores y se veían a sí mismos como vasallos de los Qing, sin compromiso con la anterior

dinastía, a la que no habían servido. Aunque este grupo no supuso ningún problema para la administración manchú, sí lo es para los historiadores que lo han trabajado, pues abren un prolífico debate en busca de la línea divisoria que diferenció a los vasallos Ming de los Qing, que trataremos como una de las partes conclusivas de este trabajo (Chan, 2000, pp. 51-52).

Con todo, pese a no ser numerosa, esto no significa que no fuese realmente importante aplacarla: conseguir poner de su lado a las élites intelectuales Ming fue clave para la legitimación de la nueva dinastía, ya que muchos de ellos eran los historiadores y cronistas que poco a poco fueron legitimando que el «mandato del Cielo» había caído sobre los Qing, favoreciendo así la definitiva «conciliación manchú-han».

Resta dedicarle unas líneas a la oposición física a la dinastía manchú, que se materializará en tres frentes: la resistencia de los Ming del sur, la revitalización de la piratería y la rebelión de los «Tres Feudatarios» (1674-1681).

La resistencia de los Ming del sur, pese a que los invasores se habían apoderado de China en 1644, casi sin luchar, y todos eran conscientes de que los Ming habían perdido el favor del pueblo y estaban condenados a desaparecer, se localizó en los territorios del sur puesto que allí habían huido diferentes pretendientes Ming. Esta oposición se irá minando por la falta general de cohesión y por la tensión generada con la población local, que sí eran proclives a la colaboración con el enemigo. Todo ello supuso que, hacia 1658, todos los herederos Ming hubiesen sido vencidos uno a uno. Aun así, durante 15 años de guerras en el sur, los descendientes Ming consiguieron mantener una ficción de poder legítimo que será exaltada por una minoría de grandes letrados todavía leales a los Ming en los años del nuevo mandato (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 266-269).

En cuanto al repunte de la piratería alrededor de 1650, la resistencia contra los invasores se basa en la adhesión de los últimos representantes de la familia imperial y del nacionalismo *han* a un fenómeno que siempre había sido un gran problema para China, la piratería. Sin ser una guerra declarada contra los invasores en favor de los Ming, las actividades piráticas en las provincias costeras ocasionaron no pocas dificultades al ejército Qing, ayudando indirectamente a la resistencia de los Ming del sur y a las tentativas de secesión (Gernet, 1999, pp. 419-420).

Por otra parte, como ya hemos comentado anteriormente, durante su conquista de China, los manchúes habían utilizado los servicios de antiguos funcionarios Ming que se habían adherido al nuevo régimen. Eran vistos con cierta suspicacia por los manchúes y muchos acabaron siendo purgados y sustituidos por los funcionarios reclutados mediante el sistema de oposiciones durante los primeros 20 años de la dinastía. Sin embargo, esta depuración no pudo extenderse a las provincias del sur, más lejanas y peor controladas, donde los Qing se habían visto obligados a conceder cierta autonomía a los jefes del ejército que habían conseguido reducir la resistencia de los Ming del sur. Elevados a categoría de «príncipes», los gobernadores militares del sur chino tenían a su disposición las tropas utilizadas durante la conquista de China que no habían licenciado aprovechando su gran autonomía (Gernet, 1999, pp. 420-421).

El más poderoso de estos príncipes era Wu Shanguí (1612-1678), el exgeneral Ming del frente septentrional que ayudó a los manchúes a tomar Pekín y a terminar con el rebelde Li Zicheng en 1644. Será Wu Shanguí, junto con otros dos príncipes del sur llamados Geng Jingzhong (?-1682) y Sun Yanling (?-1677), quienes protagonicen la conocida «Rebelión de los Tres Feudatarios» cuando, en 1674, desde la Corte imperial se trate de suprimir la autonomía de la que gozaban. El antiguo general Ming estará a punto de reconquistar toda China y acabar con el poder de los manchúes, pero la guerra cambiará su curso a partir de 1676 y los tres feudatarios serán sometidos al año siguiente. A Wu Shanguí le sucederá su hijo Wu Shifan, que continuará la guerra hasta que, en 1681, sitiado en su capital Kunming, decidirá quitarse la vida. Así termina la «Rebelión de los Tres Feudatarios», la última y más grave resistencia a la que tuvo que enfrentarse la nueva dinastía manchú (Gernet, 1999, p. 421).

En palabras del sinólogo francés del siglo XX Jacques Gernet: «La liquidación de las tendencias autonomistas del sur del Yangtsé refleja un refuerzo general del control del poder central en el conjunto del imperio, el final del periodo de adaptación y la consolidación del nuevo régimen. Por ello podemos considerar que el largo periodo de estabilidad interior que durará hasta finales del siglo XVIII empieza aquí, en 1681».

El esbozo del amplio desarrollo del que goza el imperio Qing durante dicho periodo de estabilidad interior, será el broche final de nuestra investigación y el argumento principal para demostrar que la nueva dinastía había conseguido establecer, gracias a todo lo anteriormente explicado, un «Mandato del Cielo» con unos cimientos muy profundos.

5. Con el favor del Cielo: Evolución del Imperio Qing tras los primeros años

En este último apartado veremos la influencia que tuvieron a medio plazo el cambio de dinastía y las nuevas políticas Qing en los chinos. Comenzaremos por el desarrollo económico tras la superación de la crisis de los Ming tardíos; luego hablaremos de cómo cambiaron o no los fundamentos de la sociedad y cómo se fueron adaptando los integrantes del Imperio chino a la nueva dinastía y terminaremos con una breve revisión de los asuntos exteriores del Imperio que nos servirán como prueba de que el interior del Imperio Qing ya se había consolidado y era hora de mirar hacia el exterior y desarrollar la poderosa política imperialista manchú.

Una vez restaurada la economía, los Qing supieron mantener su desarrollo. Adoptaron una posición muy poco intervencionista en un sistema de mercado que se hacía cada vez más complejo, salvo que en alguna zona del Imperio tuviese lugar una situación de escasez de alimentos pues, entonces, la dinastía compraba grano o utilizaba sus reservas para ofrecer apoyo a los afectados (Feuerwerker & Elman, 2020). Durante los siglos XVII y XVIII la base del sistema económico fue la agricultura, se dobló la cantidad de tierras cultivables y aumentó mucho su rendimiento gracias a la inclusión de nuevos cultivos. Además, la nueva dinastía favorecerá la fluidez de los productos desde las regiones más productivas a las que lo eran menos, lo que animará a los agricultores a producir más. También en estos dos siglos irán desapareciendo los latifundios en favor de los minifundios a causa de las políticas agrarias Qing, favorables a este modelo. Así, el precio de los minifundios acabará multiplicándose por diez (Krahe, 2017, pp. 105-107). El siglo XVIII es el momento que mejor revela el desfase de las evoluciones de Asia y Europa pues, frente a los mediocres rendimientos de la agricultura de una Europa débilmente poblada, encontramos la hábil y diversificada agricultura de una China cuyo aumento demográfico es extraordinario (Gernet, 1999, pp. 431-432).

Además de la agricultura, bajo el mandato de los Qing en el siglo XVIII, el mundo chino desarrolló y consiguió sacar el mayor partido posible a las técnicas de la era preindustrial mediante la conjunción de la agricultura, la artesanía y el comercio. En general, la economía china experimentará un periodo de gran bonanza: la gestión de los monopolios estatales de las minas de plata, la sal y el té será excelente y reportará

grandes beneficios al estado¹⁷ (Krahe, 2017, pp. 105-111). Se ampliará el mercado de la industria textil china y los hornos de porcelana de Jingdezhen se harán famosos por todo el mundo. Ante la apreciación de sus productos fuera de sus fronteras, China comenzará a comerciar con todos los mercados que estén a su disposición. Lo más notable de esta expansión económica de China en el siglo XVIII es la amplitud de las corrientes comerciales y la cantidad de regiones controladas por corporaciones de mercaderes chinos fuera de las propias fronteras chinas (La historia de China: Los Qing, 2017).

Del esplendor económico se contagiarán otras áreas de la sociedad china: por ejemplo estos importantes mercaderes, que cada vez amasan una mayor fortuna, serán grandes promotores del arte y la cultura Qing, dando lugar al fenómeno del mecenazgo, que supondrá un florecimiento bibliográfico enorme en China con la publicación de numerosas recopilaciones, enciclopedias y colecciones de obras chinas que abarcan desde la antigüedad hasta el siglo XVII. De entre todos los mecenas, el emperador Kangxi será el principal (Krahe, 2017, p. 134).

Para concluir este apartado sobre el desarrollo económico resaltamos que, como vemos, las políticas de reducción de impuestos, eliminación forzosa de servicios, aumento de pago a los funcionarios... que se promovieron en el contexto de apaciguamiento de la sociedad china, no afectaron en absoluto al desarrollo de su economía, que posicionó a China, en el siglo XVIII, como la productora de un 33% de las manufacturas globales.¹⁸

La paz y prosperidad interior serán las causas principales del crecimiento de la población china en el siglo XVIII. El imperio de los Qing experimenta un empuje demográfico mayor que el de cualquier otro país del mundo, llegando a 1800 con la asombrosa cifra de 360 millones de habitantes chinos frente a los 193 que conseguían sumar todos los países europeos en esta misma fecha¹⁹ (Gernet, 1999, pp. 433-435). Aunque la tasa de nacimientos a lo largo de los siglos que duró la dinastía manchú se mantuvo, la de mortalidad se redujo significativamente por la prosperidad que ya hemos

¹⁷ Más información sobre los monopolios, que no podemos desarrollar aquí de manera más extensa, en Krahe, 2017, pp. 105-111.

¹⁸ Esta es una idea transmitida por Kenneth Pomeranz en su libro *The Great Divergence* que he rescatado de la lectura de Arrighi, 2007.

¹⁹ Pese a que en estos momentos de prosperidad de los Qing encontramos una enorme diferencia demográfica, no es algo nuevo, pues que China aventaje en población a toda Europa ha sido siempre la tónica general. Se adjunta un gráfico de evolución demográfica comparada entre China y Europa durante la época moderna (véase *Anexo I: Ilustración 8*).

comentado y por la ausencia de desastres naturales. La esperanza de vida media era de 30 años, aunque, engañosamente, esta estadística queda condicionada por la alta mortalidad infantil de la época. Ejemplo claro es el dato de que de los 55 hijos del emperador Kangxi, 22 murieron antes de los cuatro años (Krahe, 2017, p. 112).

Como es de suponer, el rápido crecimiento poblacional llevó a China a buscar nuevos territorios que absorbieran este incremento: en 1765 se fundaron colonias en la provincia de Xinjian, Manchuria, isla de Borneo o el Sudeste Asiático. Además, apareció un nuevo grupo social formado por aquellos adultos jóvenes que se asentaron en los territorios fronterizos y acabaron formando pequeños núcleos familiares. Estas poblaciones fronterizas vivían en las montañas en chozas y se dedicaban al cultivo de té y otras plantas, así como al trabajo de metales preciosos y pieles que luego comerciaban (La historia de China: Los Qing, 2017).

En cuanto al campesinado, los sirvientes y los esclavos se encontraban en una muy buena posición en comparación con los siglos anteriores. Después de haber sido abandonados a su suerte tantas veces que incluso habían roto completamente sus lazos con la antigua dinastía, el panorama que se les presentaba ahora era muy diferente. Al nuevo carácter de los emperadores, mucho más cercanos al pueblo, haciendo incluso viajes por distintas poblaciones rurales para dejarse ver entre sus súbditos en contraposición al carácter aislacionista de los últimos Ming, se sumaban las medidas de la nueva dinastía para limitar el efecto de las hambrunas y los desastres naturales que hicieron que el nivel de vida de los campesinos ascendiese. También las relaciones serviles fueron desapareciendo en favor de las libres con las leyes de 1761 y 1786 y la implantación de los contratos de arriendo en la mayoría de los lugares del Imperio. Además, gracias a la expansión de los mercados, la demanda de jornaleros y sirvientes aumentó, así como el valor de su trabajo, lo que facilitó la subsistencia de las clases bajas y mejoró las condiciones en las que eran contratados (Krahe, 2017, pp. 112-117).

Pese a que el desarrollo del país y la nueva dinastía supuso cambios moderados en la sociedad, la familia seguirá siendo la unidad social principal y continuará teniendo la misma estructura patriarcal que con los Ming, en la que se confería prácticamente un poder absoluto al ascendiente masculino de mayor edad sobre el resto y, recordemos, era una representación de la organización del propio estado chino a pequeña escala (Feuerwerker & Elman, 2020). En cuanto a la situación de la mujer, veremos que entrados en el siglo XVIII se intenta mejorar su situación, principalmente por parte del

emperador Kangxi, que trató de acabar con costumbres despóticas como la de vendar los pies a las mujeres o la de obligar a las viudas a quitarse la vida por lealtad a sus maridos. Por desgracia, debido a la presión de los letrados confucianos, estas prácticas continuaron siendo bien vistas por la sociedad hasta el siglo XX. También se trató de reducir el infanticidio femenino dándoles una mayor «utilidad» para las familias, mediante el intento de introducirlas en el mundo laboral agrario. Estas medidas también tardarán en cuajar varios siglos (Botton, 2000, pp. 393-396).

En cuanto a los estratos privilegiados de la sociedad, dejando a un lado el convulso periodo inicial, todo se mantendrá estable también. La aristocracia seguirá formada por funcionarios-letrados, principalmente provenientes de familias ricas del sureste del Imperio, que ejercían el liderazgo político y económico tras haber superado con éxito sus exámenes de acceso a la administración, e invertirán su tiempo y dinero en preparar a sus descendientes para el mismo destino. Aun así, como ya comentamos al explicar el sistema de oposiciones chino, eran pocos los que conseguían superar esos exámenes y aquellos que no lo conseguían normalmente terminaban ocupando puestos en los que poder dar utilidad a su formación, como maestros, escritores o abogados. La principal fuente de riqueza de este grupo, aparte de su salario, que se vio incrementado, seguirá siendo su patrimonio familiar, ya fuese en forma de tierras que arrendar o compañías y establecimientos de comercio. Tal vez lo que más nos llame la atención a nosotros como europeos es la movilidad social de carácter ascendente de esta sociedad, que daba la posibilidad a un niño campesino de llegar a formar parte de este grupo de privilegiados si conseguía superar el examen de funcionariado (Feuerwerker & Elman, 2020).

Por último, veremos cómo se adaptó el ejército manchú a esta situación de estabilidad y prosperidad. Los militares nunca estuvieron muy bien vistos en la China Ming, pero con la llegada de los Qing podría esperarse un cambio a causa de la importancia del ya comentado sistema de banderas en la sociedad manchú. Si bien es cierto que, durante los primeros años de la conquista, los militares de las banderas gozaron de privilegios y de tierras confiscadas a las antiguas élites Ming, pronto caerán en una situación de semi-marginalidad, incluso más preocupante que con la antigua dinastía. Durante el siglo XVIII, la población de las guarniciones creció, pero no sucedió lo mismo con la tierra ofrecida a los militares. Esto, sumado a la disminución paulatina de sus salarios, hizo que este grupo social se viera en peligro de exclusión y sus únicas salidas fuesen convertirse en bandidos o rebelarse. Ante dicha situación, el

emperador Kangxi intentó aumentar su salario y Yongzheng trató de mejorar la educación de los hijos de los soldados. La solución final al problema fue reubicar a los integrantes de las banderas en granjas distribuidas por el territorio de Manchuria, pero alrededor del 90% de ellos huyeron a China de nuevo para ganarse la vida como ladrones o mendigos. Finalmente, en el siglo XVIII estas agrupaciones militares fueron reemplazadas por ejércitos profesionales conocidos como «Brigadas Verdes» (*lüying*), cuyos integrantes habían accedido a su puesto tras aprobar exámenes estatales (Botton, 2000, pp. 364-365).

La evidencia final de que los Qing habían entrado de lleno en un periodo de estabilidad y prosperidad interior la encontraremos desviando nuestra mirada a los asuntos exteriores de la dinastía y materializados en un potente imperialismo manchú durante los siglos XVII y XVIII que solo fue posible gracias a haber asegurado la unidad en su territorio. La expansión Qing por el interior de Asia está ligada, desde el principio, al problema militar, religioso y diplomático que plantean a los manchúes las poblaciones de la estepa, así como a la confrontación con un nuevo Imperio en expansión por Siberia: el ruso. En cuanto a la expansión de los Qing, debemos tener claro que no es una colonización como la rusa ni ligada a intereses mercantiles como la inglesa, es principalmente militar y ligada a cuestiones lamaístas y mongolas (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 279-285).

En lo referente al caso ruso, ambos gigantes imperiales celebrarán un acuerdo, el primero de una potencia europea con China, y establecerán como frontera el río Amur y las montañas de Hsingan; en 1727 se redactará un nuevo tratado en el que se fijen las fronteras que conocemos hoy en día. Esta política de carácter pacífico por parte del imperio Qing no ha de entenderse como una respuesta a un equilibrio de fuerzas entre ambos rivales, pues los chinos nunca consideraron a los rusos como un peligro a tomar en cuenta, simplemente buscaron estabilizar el frente norte para centrarse en territorios a los que querían dar una mayor importancia (Franke & Trauzettel, 1973, pp. 279-280).

Tras exitosas campañas en Mongolia, Asia Central y el Tíbet, en 1665, los ejércitos Qing no solo dominaban a las tribus mongolas del noroeste y habían establecido un protectorado en el Tíbet, sino que la influencia sino-manchú se ejercía sobre la mayoría de los países de Asia (Nepal, Birmania, Siam, Vietnam, Filipinas, Ryūkyū, Corea...) quienes reconocen su hegemonía y dependen más o menos de China (Gernet, 1999, pp. 427-430).

El imperio Qing alcanza su mayor extensión en 1759²⁰, controlando un territorio de 13 millones de km² frente a los 9.763.000 km² que tiene hoy en día la República Popular China. Aun así, debemos destacar que este Imperio está lejos de ser uniforme en sus regímenes administrativos: Manchuria tiene un estatus especial que la distingue del resto de provincias chinas; Mongolia solo está asegurada por los vínculos personales de lealtad entre los jefes de las tribus y los emperadores Qing; el Tíbet está sometido a un régimen de protectorado bastante liberal y los nuevos territorios del Xinjiang están ocupados y administrados por el ejército. Pese a todo esto, la dominación que ejerce China sobre la mayor parte del continente es indiscutible (Gernet, 1999, pp. 429-430).

Para cerrar el apartado de política exterior Qing repasaremos las relaciones del Imperio asiático con Europa, centrando el foco en las misiones jesuitas del siglo XVII en adelante. Los manchúes se habían beneficiado de la influencia de los jesuitas ya desde la conquista Ming con información sobre geografía y armamento. Por esto, cuando el ejército manchú entró en Pekín y se encontró al padre jesuita Adam Schallvon Bell (1592-1666), el regente Dorgon lo nombró astrónomo jefe y le permitió ampliar el número de iglesias cristianas en un país que ya sumaba 100.000 creyentes cristianos (Krahe, 2017, p. 125).

Cuando Kangxi ascendió al trono, el número de fieles había aumentado a unos 140.000 gracias a la labor de los cada vez más numerosos sacerdotes jesuitas, dominicos y franciscanos. El emperador siempre tuvo muy buenas relaciones con los jesuitas e incluso pensó en adoptar el calendario europeo al ver que los cálculos de los difuntos misioneros Schallvon Bell y Mateo Ricci (1552-1610) eran más exactos. Estas buenas relaciones repercutieron en Europa, donde llegó a imprimirse en París un detallado mapa que el emperador Kangxi había encargado realizar a los jesuitas de su imperio, acercando el mundo asiático a la sociedad europea.²¹ El siguiente emperador, Yongzheng, será mucho más restrictivo y expulsará a los misioneros de la capital y confiscará 300 de sus iglesias. De ahí que las misiones cristianas en China entrarán en declive hasta que con la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas desaparezcan (Krahe, 2017, pp. 126-129).

²⁰ La dinastía Qing llevó a China a su máxima expansión territorial, duplicando su territorio y ganando influencia en toda Asia. Véase *Anexo I: Ilustración 7*, mapa en el que vemos la expansión del Imperio en 1759, mucho mayor que en la actualidad y que con la dinastía Ming.

²¹ Este no fue el primer mapa que se imprimió en Europa de China, el primero y más conocido es uno hecho por el jesuita Mateo Ricci en 1602 llamado *Kuny Wanguo Quantu*. Véase *Anexo I: Ilustración 16*.

No obstante, a lo largo del siglo XVIII y gracias a la labor de las misiones en China, se publicaron numerosos escritos que permitieron ampliar el conocimiento de este país en Europa e incluso fomentaron, junto con la expansión comercial que había experimentado China en el último siglo, la aparición de un fenómeno de aprecio y gusto por lo asiático (*chinoiserie*) en un continente que se encontraba a más de 6000 kilómetros de distancia (Krahe, 2017, pp. 150-156).

CONCLUSIÓN

Desde su inicio, este trabajo ha intentado aportar un análisis coherente y argumentado de las dinastías Ming y Qing, y del cambio de una a otra, con la idea de establecer comparaciones entre ellas y así dilucidar mejor las causas principales del conflicto entre ellas y el establecimiento de los manchúes como los nuevos «Emperadores del Cielo» en 1644.

Sería imposible entender el establecimiento de una nueva dinastía sin comprender la que le precedió; por eso el primer bloque de la investigación se centra en explicar en qué situación llegó la dinastía Ming a 1644. Esta dinastía nace de un rebelde plebeyo de etnia *han*, con bases iniciales muy claras asentadas en el legalismo, absolutismo y la austeridad, y tiene un sistema de gobierno realmente complejo pero sostenido por un marcado carácter inmovilista. La descripción de todo el órgano gubernamental, político, económico y social Ming es clave para entender su caída, establecer comparaciones claras y precisas con el Imperio Qing y contextualizar las políticas que llevan a cabo los manchúes para asentarse en el trono.

En este apartado aparecen por primera vez elementos que nos han acompañado durante el resto de la explicación, como el característico sistema de exámenes chino, su sistema tributario, la familia actuando como unidad organizativa principal de la sociedad o la poderosa e influyente clase social de los letrados imperiales, enfrentados en la Corte a la influencia de los eunucos.

A la explicación del funcionamiento de la dinastía Ming, le sigue su caída y el colapso de todos sus mecanismos de gobierno y la cristalización de los problemas que habían comenzado a aparecer en el seno del Tardoimperio Ming en cuatro momentos principales: los fracasos de la política exterior imperial, la crisis económica que catapultó las diferencias económicas entre los diferentes estratos sociales, la crisis política causada por las tensiones en la Corte entre letrados y eunucos, y la guerra civil tardoimperial encabezada por líderes rebeldes de origen humilde que concluye con la conquista de Pekín por parte de la recién fundada dinastía manchú, los Qing. Al haber expuesto estos momentos de quiebra del orden imperial, la rápida penetración Qing en el territorio Ming parece mucho más lógica pues, en 1644, todo les es favorable a los manchúes.

El bloque referente a los Ming ofrece unas breves pinceladas de la dinastía y de los cambios que la llevaron al punto de no retorno en el que la sobriedad, el legalismo y la búsqueda del bien común, que habían sido los pilares principales de los Ming, desaparecieron en favor del distanciamiento, el lujo, las luchas por el poder y la oposición a cualquier tipo de cambio. Este cambio en la naturaleza de la dinastía les supuso la pérdida del «favor del Cielo» y, en consecuencia, una ilegitimidad imperial irreversible. Por ello entendemos que la dinastía Ming cayó por sus propios problemas internos y los manchúes simplemente actuaron como los «ejecutores de su ocaso».

En este punto, referido a la dinastía Ming, tenemos ya presente uno de los dos factores necesarios para interpretar adecuadamente el conflicto Ming-Qing y la aceptación de los manchúes en China; por eso la tarea del segundo bloque, el referente a la dinastía Qing, es la de aportarnos el conocimiento restante necesario para tener una visión completa de los acontecimientos. Si, como hemos dicho, para comprender el establecimiento de una nueva dinastía en un territorio es requisito indispensable conocer a su predecesor, también debe serlo conocer el momento de génesis de la nueva dinastía. Por eso prestamos gran atención al momento de formación de los Qing en Manchuria. Es precisamente en este periodo de formación donde vemos, llevado a la práctica por el Sistema de Estandartes manchúes, la creación del carácter multiétnico de la dinastía Qing y la paulatina asimilación de las estructuras y tradiciones chinas por parte del pueblo manchú, unos procesos de importancia capital para nuestra tesis.

De la explicación de la formación Qing pasamos a la estabilización del territorio una vez han accedido al poder imperial. En este punto se ha mostrado cómo, en sus primeros años, los manchúes logran encontrar un rumbo correcto para sus políticas imperiales, dejando de lado las medidas represivas para, de esta forma, conseguir que el cambio de dinastía no sea abrupto, sino una continuidad, gracias al carácter benévolo y conciliador que adoptan los emperadores Shunzhi y Kangxi. Rescatamos, entonces, la información aportada en el primer bloque del trabajo sobre el sistema Ming, para aportar un contexto y unos precedentes a las políticas Qing que permiten que lo que funcionaba correctamente en la anterior dinastía se mantenga intacto, mientras estudian y modifican aquellas leyes, tradiciones o instituciones que entorpecían las tareas de gobierno y sembraban el descontento entre la población.

Aunque la estabilización y el asentamiento de la dinastía Qing fue algo relativamente sencillo, no se ha querido dar una imagen sesgada de lo que supuso

realmente este proceso; por eso no podía faltar en la exposición el amplio abanico de oposiciones y críticas al que tienen que hacer frente los Qing durante sus primeros años. Estas resistencias han sido divididas en intelectuales y físicas. Esta división permite resaltar la influencia que tenían los diferentes grupos sociales en China: la oposición intelectual a los Qing es una forma de ver en la práctica la importancia que tenía el grupo social de los funcionarios imperiales, aunque no muy numerosos en su oposición, y como el éxito en su apaciguamiento permitirá la convivencia y reconciliación entre los manchúes y los chinos *han*, algo crucial para el correcto gobierno de la nueva dinastía. En cuanto a la oposición física, en la que cobran protagonismo las clases bajas, nos permite establecer el momento de asentamiento completo y definitivo de los Qing, tras el final de la «Rebelión de los Tres Feudatarios» en 1681.

Finalmente, el repaso a la situación del Imperio Qing tras estos primeros años de estabilización tiene un doble cometido: demostrar, mediante la prosperidad que experimenta China en todos los ámbitos durante estos años, que realmente los Qing se han asentado, y exponer el último argumento legitimador que utilizan los Qing para su dinastía, basado en este crecimiento que la población explica con el favor del Cielo hacia la dinastía manchú. También es de notable importancia en estas últimas líneas de la investigación, la influencia de la nueva dinastía, que ya ha podido desarrollar y ver los frutos de sus políticas, sobre la sociedad china. Así, conociendo su situación a medio plazo tras la conquista de los manchúes, podemos entender mejor por qué ciertos grupos sociales, como los campesinos o comerciantes, ofrecieron su lealtad a los Qing y por qué otros, como los militares, acabaron suponiendo una excepción en todo este clima de tranquilidad y prosperidad.

Tras este exhaustivo repaso a un periodo que abarca varios siglos, poco tratado por la historiografía occidental, estamos en posición de argumentar que la conquista y el establecimiento de la dinastía manchú en China se debe al abandono de lo que fueron las bases de la dinastía Ming por parte de sus últimos emperadores, a la aceptación de la cultura y del modelo organizativo chino por parte de los Qing en el momento previo a la conquista de 1644, que les supuso a los manchúes desprenderse de parte de su identidad tribal, y al desarrollo de políticas conciliadoras entre las dos etnias principales que formaban ahora el nuevo imperio Qing, chinos *han* y manchúes. Todo esto, dio a los Qing una legitimidad sin precedentes que sirvió para convencer al Imperio más poblado

del mundo de que no eran un grupo extranjero, ilegítimo ni usurpador, sino los «Elegidos por el Cielo» para traer a China la prosperidad y tranquilidad que hacía tanto tiempo que se había perdido.

Estos argumentos, capaces de otorgar a los Qing el grado de legitimidad para asentar su poder sobre China en pocos años, nos permiten concluir con una adaptación de la conocida frase referente a la Antigüedad clásica europea: «Roma conquistó a Grecia y esta cautivó a Roma»; en nuestro caso: «Manchuria conquistó a China, pero esta ya había cautivado a Manchuria».

Bibliografía

- Alarcón, J. M., 2020. Plata o plomo: cómo el Imperio español y China se destruyeron mutuamente. *El Confidencial* (5 de abril).
- Apango, E., Martínez, I. y Fierro, T., 2015. El estudio de las relaciones internacionales en China antigua: el Sistema tributario en la dinastía Ming. *Revista de Lenguas Modernas*, 23, pp. 455-470.
- Arrighi, G., 2007. *Adam Smith en Pekín: Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Botton, F., 2000. Restauración del mando chino y principios del despotismo. En: *China: su historia y cultura hasta 1800*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 281-337.
- Botton, F., 2000. Un despotismo casi ilustrado. En: *China: Su historia y cultura hasta 1800*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 337-401.
- Chan, W.-m., 2000. The Early-Qing Discourse on Loyalty. *East Asian History*, 19, pp. 27-53.
- Dardess, J., 2011. *Ming China, 1368-1644*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- Eco, U. y Weaver, W., 1988. The Force of Falsity. En: *Serendipities: Language and Lunacy*. Nueva York: Columbia University Press, pp. 1-22.
- Elliott, M., Campbell, C. y Lee, J., 2016. A Demographic estimate of the population of the Qing eight banners. *Études Chinoises: Bulletin de l'Association Française d'Études Chinoises*, 35(1), pp. 9-39.
- Fairbank, J., 1990. *Historia de China: Siglos XIX y XX*. Madrid: Alianza.
- Fairbank, J. K., 1942. Tributary Trade and China's Relations with the West. *Association for Asian Studies*, 1(2), pp. 129-149.
- Feuerwerker, A. y Elman, B., 2020. *Encyclopædia Britannica*. [En línea] Accesible en: <https://www.britannica.com/place/China> [Último acceso: 2/6/2020].
- Franke, H. y Trauzettel, R., 1973. *El imperio chino*. Madrid: Siglo XXI.
- Gernet, J., 1999. *El mundo chino*. Barcelona: Crítica.
- Grimm, M., 2005. Nurgaci versus Nurhaci: An Annotation to P. Adam Schall. *Central Asiatic Journal*, 49(2), pp. 204-212.

- Grimm, T., 1960. *Erziehung und Politik im konfuzianischen China der Ming-Zeit (1368-1644)*. Hamburgo: Mitteilungen der OAG.
- Grimm, T., 1954. Das Neiko der Ming-Zeit: von den Anfängen bis 1506. *Oriens Extremus*, 1(2), pp. 139-177.
- Haboush, J. K., 2005. Contesting Chinese Time, Nationalizing Temporal Space: Temporal Inscription in Late Choson Korea. En: L. Struve, ed. *Time, Temporality, and Imperial Transition: East Asia from Ming to Qing*. Honolulu: University of Hawai'i Press, pp. 115-142.
- Hucker, C., 1958. Governmental Organization of The Ming Dynasty. *Harvard Journal of Asiatic Studies*, Volumen 21, pp. 1-66.
- Hung, H.-F., 2016. From Qing Empire to the Chinese nation: an incomplete project. *Nations and Nationalism*, 22(4), pp. 660-665.
- Krahe, C., 2017. *La China imperial*. Madrid: Síntesis.
- Kuo-liang Ho, A., 1952. The Grand Council in the Ch'ing Dynasty. *The Far Eastern Quarterly*, 11(2), pp. 167-182.
- Langlois, J., 1993. The Code and ad hoc Legislation in Ming Law. *Asia Major*, VI(2), pp. 85-112.
- Lattimore, O., 1951. *Inner Asian Frontiers of China*. Segunda ed. Nueva York: Oxford University Press.
- Loewe, M., 1969. *La China imperial. Fundamento histórico de la Edad Moderna*. Madrid: Revista de Occidente.
- Martínez, C. y Mola, M. A., 2008. *La ruta española a China*. Madrid: El Viso.
- Moloughney, B., 1986. *Silver, state and society: a monetary perspective on China's seventeenth century crisis*. Canterbury: University of Canterbury.
- Mote, F., 2003. Ming China's Borders. En: *Imperial China, 900-1800*. Cambridge: Harvard University Press, pp. 685-722.
- Mote, F., 2003. The lively society of the late Ming. En: *Imperial China. 900-1800*. Cambridge: Harvard University Press, pp. 743-775.
- Murillo, L. M., 2019. El sistema tributario Ming: implicaciones, evolución y caída. *Asiadémica*, I(14), pp. 28-64.

- Ni, S. y Pham, V., 2006. High corruption income in Ming and Qing China. *Journal of Development Economics*, 81(2), pp. 316-336.
- Santander, M., 2009. Occidente y la caída de la dinastía Qing. *Gerónimo de Uztariz*, 25, pp. 27-46.
- Spence, J., 2011. *En busca de la China Moderna*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Spence, J., 1988. *Tsao Yin and the Kang-Hsi Emperor: Bondservant and Master*. Segunda ed. New Haven: Yale Historical Publications.
- Struve, L., 1998. *The Ming-Qing Conflict, 1619-1683: A historiography and source guide*. Ann Arbor: Association for Asian Studies.
- Sun, E.-t. Z. y Francis, J., 1956. *Chinese Social History*. Washington: Far Eastern Pubns.
- Wetzel, A., 2007. *China (Los diccionarios de las civilizaciones)*. Madrid: Electra.
- Wood, M. (dir), *La historia de China: Los Ming*. 2017. [Película]. Reino Unido: Maya Vision International.
- Wood, M. (dir), *La historia de China: Los Qing*. 2017. [Película]. Reino Unido: Maya Vision International.